



SECTOR 1

MONTSERRAT, PUERTO MADERO,
RETIROY SAN NICOLÁS

- 1. Plaza de Mayo 3
- 2. Coordinación Federal 17
- 3. Capilla Cristo Obrero. Padre Carlos Mugica . 25
- 4. Garage Azopardo 29
- 5. Mercedes Benz 31
- 6. Virrey Cevallos 36
- 7. Portuarios desaparecidos 38
- 8. Departamento Central de la Policía Federal . 40
- 9. Colegio Nacional de Buenos Aires 43





10.	Buques-prisión: Bahía Aguirre y 33 Orientales	47
11.	Héctor Germán Oesterheld	48
12.	Bulevar Azucena Villaflor	51
13.	Homenaje a religiosos de distintos credos	51
14.	Edificio República	51
15.	Plaza Lavalle	51
16.	Homenaje a bancarios desaparecidos	52
17.	Familia Tarnopolsky	52
18.	Trabajadores del Banco Nación	52
19.	Casa de La Rioja	52
20.	Trabajadores de la Salud	53
21a.	Trabajadores del Banco Provincia	53
21b.	Centro de Exposición del Banco Provincia	53
22.	Homenaje a uruguayos desaparecidos	53
23.	Juan Arano - Luis Cervera Novo - Ricardo Gómez - Carmen Román	54
24.	Martín Bercovich - Eduardo Merajver	54
25.	Trabajadores del Ministerio de Justicia	54
26.	Miguel Francisco Villareal Villegas «Chufo»	54
27.	Trabajadores del INDEC	55
28.	Francisco Arancibia - Marina Vilte - Eduardo Requena	55
29.	Trabajadores de TELAM	55
30.	Homenaje a diputados	55
31.	Placa en la Asociación Argentina de Actores	56
32.	Ministerio de Defensa	56
33.	Trabajadores de la AFIP	56
34.	Trabajadores de la ex Caja Nacional de Ahorro y Seguro	56
35.	Trabajadores del Ministerio de Economía	57
36.	Susana Pedrini - José Bronzel - Cecilia Podolsky	57

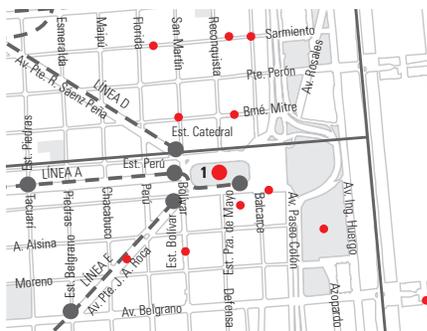


1. Plaza de Mayo

La condensación de las memorias colectivas en la Argentina, sus conflictos y contiendas, tiene en la Plaza de Mayo su espacio político por excelencia. Las madres de los desaparecidos, en plena dictadura militar, se adueñaron de este sitio y, contra lo que el terrorismo de Estado imponía, le devolvieron su lugar como metáfora espacial de la política y de la libre expresión ciudadana. Fue su presencia en la plaza el inicio de la recuperación de este lugar central para la democracia y la historia política argentina.

Fue por su historia y peso simbólico que los familiares de los desaparecidos eligieron la Plaza de Mayo para expresar sus reclamos. Durante más de dos siglos, la superposición de acontecimientos políticos y sociales de cualidades y sentidos diversos que tuvieron a esa plaza por escenario le imprimieron sus marcas. Así, la Plaza de Mayo terminó por configurarse como espacio clave de las disputas políticas donde también se sedimentaban las memorias de luchas pasadas.

Es que –aun deteniéndonos sólo en el siglo XX– esta plaza albergó expresiones políticas disímiles y hasta opuestas. Fue uno de los lugares elegidos por las organizaciones obreras



UBICACIÓN: ENTRE AV. RIVADAVIA,

HIPÓLITO IRIGUYEN, BOLÍVAR Y BALCARCE

TRANSPORTE: SUBTE: ESTACIÓN PLAZA DE MAYO (LÍNEA A), CATEDRAL (LÍNEA D), BOLÍVAR (LÍNEA E), PERÚ (LÍNEA E). COLECTIVOS:

6-7-9-10-17-22-24-26-28-29-45-50-59-64-67-70-74-86-91-98-105-111-126-152

y de izquierda para llevar sus mundos soñados de transformación social y celebrar sus jornadas de lucha (como el 1° de mayo, día del trabajador). Fue también el sitio en el que la multitud aclamó a Hipólito Yrigoyen cuando asumió como el primer presidente electo por el sufragio universal masculino en comicios efectivamente libres. Hacia esa plaza marcharon el 17 de octubre de 1945 las

EL PAÑUELO, SÍMBOLO DE LAS MADRES, PINTADO ALREDEDOR DE LA PIRÁMIDE DE MAYO.





PLAZA DE MAYO. AL FONDO, LA CASA ROSADA.

multitudes, conformadas por una mayoría de trabajadores industriales, que llegadas desde los suburbios de la ciudad exigían la libertad del coronel Juan Domingo Perón.

La Plaza de Mayo se convirtió, de este modo, en una suerte de testigo de esos anhelos de democracia y equidad social expresados muchas veces de modos ambiguos. Pero justamente por ocupar ese lugar privilegiado en el imaginario político de la Nación, fue también el terreno ocupado por las políticas del autoritarismo y del cercenamiento de los derechos civiles. Políticas autoritarias que contaron, en más de una oportunidad, con la aprobación y el apoyo de amplios sectores de la sociedad. De modo que una Plaza de Mayo colmada saludó el golpe del general José Félix Uriburu contra el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen, en 1930. Y en junio de 1955, aviones navales ametrallaron y bombardearon la Casa Rosada y sus adyacencias (ver «Canteros Mayor Alberte», pág. 238) en un prólogo del golpe que poco después, el 16 de septiembre, pondría fin a la segunda presidencia de Perón.

En las décadas de 1960 y 1970 se convirtió en espacio clave para la expresión de las pugnas políticas, sociales y culturales de distintos sectores sociales. La Plaza de Mayo como lugar de manifestación política llegó así a ser más que la mera ocupación de ese lugar físico por las multitudes.

El golpe de Estado de 1976

A partir del 24 de marzo de 1976, con la ratificación del estado de sitio vigente desde noviembre de 1974, y el sistemático despliegue del terrorismo de Estado, se clausuró el período de las grandes movilizaciones populares y la ocupación del espacio público por parte de la sociedad civil y las organizaciones políticas.



En la madrugada del golpe, mientras el nuevo gobierno difundía sus comunicados, la plaza estaba completamente vacía. El lazo social y comunitario, tejido al calor de las contiendas políticas, era disuelto por el terror estatal, cuyas prácticas represivas irían gestando una nueva estructuración de los vínculos entre las personas, basada en el miedo, la desconfianza y la indiferencia hacia el otro.

Acorde a su lógica represiva y desmovilizante, la dictadura emprendió una reforma de la Plaza de Mayo. Restringieron el paso a los caminantes, ampliaron los espacios verdes con la intención de volverla un espacio de paseo e instalaron bancos y papeleros alrededor de las fuentes.

Fue recién con el triunfo del seleccionado de fútbol en el Mundial de 1978 cuando la plaza volvió a utilizarse como espacio de reunión. Una multitud se congregó para festejar el éxito deportivo: no faltaron ovaciones al dictador Videla, quien salió a saludar desde el balcón de la Casa de Gobierno.

La plaza de las madres

En este clima de legitimación del gobierno de facto, quienes pronto serían conocidas como las Madres de Plaza de Mayo lentamente se fueron adueñando del histórico lugar. Mientras, el Estado terrorista llevaba adelante una campaña para reducir el impacto de las denuncias sobre las desapariciones y las violaciones a los Derechos Humanos realizadas en el exterior.

El gobierno intentaba contrarrestar las cada vez más importantes denuncias internacionales, descalificándolas por tratarse de una supuesta «campaña antiargentina». A la vez, difundía consignas como «Los argentinos somos derechos y humanos». A esto se sumaban operaciones de prensa como la campaña «Defienda su Argentina», impulsada por la oficialista revista *Para Ti*, publicación dirigida a un público mayoritariamente femenino y de clases medias. En esta campaña se regalaban con la revista tarjetas postales con imágenes de distintos lugares del país. Se invitaba a las lectoras a participar activamente enviando dichas tarjetas a diferentes personalidades del mundo con el fin de «contestar a la campaña antiargentina».

En ese contexto, un grupo de madres de detenidos-desaparecidos, que se conocieron al encontrarse en dependencias públicas donde iban a reclamar por sus hijos, decidieron que el mejor lugar donde podían reunirse era la Plaza de Mayo.

Si hasta el 24 de marzo de 1976 la importancia de las manifestaciones en la plaza se medía, como sostiene Silvia Sigal (2006), por el número de personas movilizadas, con la aparición de las Madres de Plaza de Mayo esa lógica se vio trastocada.

María del Rosario de Cerruti, Secretaria de Madres de Plaza de Mayo durante los primeros años, describe el modo en que de a poco fueron ganando la plaza. El 10 de mayo de 1976 secuestraron a su hijo. Al día siguiente, buscándolo en el Comando 1 del Ejército (ver pág 74), conoce a otras madres.

«A partir de ese día comenzamos a recorrer todos los lugares posibles (...) íbamos al Ministerio del Interior, íbamos al Comando, al Departamento de Policía, y nada. Ahí nos íbamos encontrando con otras madres (...). En julio de 1976 fuimos al Episcopado, ya éramos como 40 personas. (...) Empezamos a recorrer, íbamos dos madres a ver a un obispo, dos a una iglesia, dos al ministerio, dos madres al manicomio, dos a Devoto... y así, recorriendo lugares y más lugares, estábamos todo el día en la calle. Solas completamente. Eso fue desde mayo a noviembre de 1976, íbamos todas las semanas al Ministerio, al lado de la Casa



de Gobierno, pero no nos atendía nadie, sólo algunos empleados. Ahí nos prometían listas que nunca llegaban. Otras se juntaban en la vicaría castrense, que atendía monseñor Grasselli, un cínico. Ahí fue cuando apareció Azucena [Villafior]. Yo la vi por primera vez en el Ministerio, era muy decidida. Decía: "Tenemos que ser mil, juntarnos todas en la plaza y meternos en la Casa de Gobierno hasta que nos digan".

Un día alguien dijo: "Vamos el sábado 30 a la Plaza de Mayo a ver cuántas vamos". Yo ese sábado no fui, tenía que limpiar mi casa porque durante la semana estaba de un lado para el otro. Otra madre, María Ponce de Bianco (ver «Iglesia Santa Cruz», pág. 89) se comprometió a pasar después por casa para contarme lo que había pasado. El sábado vino después de la plaza y me dijo: "No había nada, la plaza estaba pelada. Es inútil ir el sábado. Seríamos, 12, 14 madres, pocas. Hay que ir un día de semana." Quedamos en ir un viernes a la tarde. Para este tipo de cosas hacíamos cartas, notas, que en general las hacía yo. Después para firmarlas nos juntábamos en el cuarto piso de Tribunales donde está la Corte Suprema, ahí no había nadie. También en confiterías»^{AO.0437}.

Haydeé García Gastelú, también de aquel primer grupo de madres, cuenta cómo fueron las primeras reuniones: «Encontrarnos entre nosotras nos permitía ir componiendo las noticias que nos eran negadas. Nuestra visión era encontrarnos y Azucena [Villafior] dijo "en la Plaza", para cruzar y hacer petitorios. Ella venía de Avellaneda, de una familia más politizada, más acostumbrada a las marchas políticas y la mayoría de nosotras, no. No teníamos ningún tipo de práctica política. El primer día que me encontré con ella, la vi tan polenta, tan llena de dinamismo que incluso, primero, si no hubiese sido porque me encontré con Adela Gard de Antokoletz, yo no sé si me animo. Porque Azucena decía: "Tenemos que hacer, tenemos que ponernos". Y yo, con una gran idiotéz de mi parte, porque tenía un susto tremendo ese primer día, fui de las primeras de ese sábado famoso, le digo: "¿Y a vos quién te manda?". Por poco me come, con toda razón. Era la pregunta menos inteligente que podía hacer una persona en ese momento. Me dice: "¿Cómo quién me manda?, tenemos que hacerlo", y me explicaba. Era muy cálida y tenía una gran persuasión. Realmente fue una figura muy especial. Fueron muy pocos meses, porque eso fue en abril y en diciembre se la llevaron (ver «Iglesia Santa Cruz», pág. 89).

Madres de Plaza de Mayo surgió así, a los ponchazos. En lo de Grasselli, empezaron a decir que teníamos que encontrarnos y se fijó un día en la Plaza de Mayo. Era sábado. Mi marido –yo vivía en Caballito– me dijo: "¿Qué van a ir a hacer un sábado? ¿Con quién te vas a encontrar? Es peligroso". Entonces le dije: "Mirá, yo no sé qué vamos a hacer, pero nos vamos a encontrar, tenemos que hablar, tenemos que ver qué podemos hacer". En realidad teníamos la idea de encontrarnos para hacer un petitorio y cruzar para pedir entrevistas con las autoridades del gobierno, con quien nos recibiera. Mi segunda pregunta a Azucena fue: "Decime, ¿por qué se te ocurrió este día sábado? Está todo cerrado." "Ah –me dice–, por error, porque dijimos un día, cantaron éste y salió por error". Entonces cambiamos. Es decir que eso también fue a los ponchazos. Fue un error pensar en el sábado. Éramos nosotras y las palomas, era un día de calor espantoso que no había nadie en la plaza. Todas con un monederito en la mano, ni siquiera la cartera por miedo a que pensarán que teníamos armas. Todas, sin ponernos de acuerdo. Adela y sus dos hermanas del brazo con un monedero y yo con un monedero. Con el documento, la llave de casa para volver, el cospel de subte y nada más. Era todo lo que llevábamos, con un miedo espantoso»^{AO.0040}.



María del Rosario de Cerruti describe las primeras entrevistas que consiguieron: «El viernes 30 de abril íbamos a ir a la Plaza de Mayo a la tarde, pero a una madre se le ocurrió decir que no porque era día de brujas. Así que quedamos en ir el jueves, a la hora de los bancos, así había más gente. Éramos pocas, quince, veinte mujeres, pero no marchábamos ni nada, nos sentábamos en los bancos.

A todo esto seguía sin atendernos nadie, hasta que a mediados de julio nos atendió Luis Palacios, Subsecretario del Interior, después fue gobernador del Chaco. Un militar haciéndose el padre bueno. Nos dice que Videla no nos puede recibir, pero que nos va a atender el Ministro del Interior, Harguindeguy. Entramos Azucena, Beatriz, una de las madres que había visto por primera vez, y yo. Estuvimos más de una hora. Cuando la ve a Beatriz le dice: “¿Pero señora, su hija no apareció?” (...). Trajo una agenda y dijo: “Todos éstos son desaparecidos, pero ¿saben lo que pasa? Las chicas se van, están en México, están ejerciendo la prostitución, ¿a usted le parece señora? Se van del país diciendo que son perseguidos”. Azucena le dijo de todo, Beatriz le dijo de todo, “mi hija no es ninguna prostituta”. Yo me acuerdo que le dije: “El general Franco era un dictador, fue un dictador toda su vida, pero todas las sentencias de muerte las firmó de su puño y letra, se las cargó a sus espaldas. Ustedes no han firmado una sola sentencia de muerte, ustedes son cobardes. Y de la plaza no nos vamos a ir”. Azucena le dijo: “Acá nos vamos a quedar sin piernas caminando en esta plaza”. Nos dijo: “Señoras, no pueden estar acá, hay estado de sitio”. Le contestamos con amenazas de que no nos íbamos a ir. Cuando salimos había más de 60 madres, y estábamos convencidas de que no nos íbamos a mover hasta que no nos dijeran algo»^{AO}.

La ronda

«No queríamos que vinieran hombres, ni hijos ni maridos –recuerda Cerruti– porque los militares eran más agresivos con ellos. A nosotras los de cargos más altos nunca nos insultaron ni nada, mandaban a la policía a que nos reprimiera, pero ellos no. Entonces empezaron a bautizarnos “las locas”. Seguíamos yendo todos los jueves, pero nos quedábamos en los bancos, sentaditas. Nos mandaron a la policía que nos quería echar diciendo: “Circulen, hay estado de sitio. Tienen que caminar”. Ellos mismos nos mandaron. Entonces empezamos a caminar de a dos alrededor de la plaza, pero la plaza tiene dos hectáreas, es muy grande y, si éramos una marcha muy chica, no nos veían. Mientras caminábamos de a dos, con otras dos atrás y otras adelante, nos íbamos comunicando, nos decíamos los lugares a los que teníamos que ir. Nos acercábamos a cada personalidad que llegaba al país»^{AO}.

Por la extensión de la plaza decidieron hacer la ronda alrededor de la pirámide. Como ha señalado Nicole Loraux, las rondas de las Madres de Plaza de Mayo pueden leerse como un discurso político. A través de su acción, las Madres instituyeron un nuevo vínculo entre sí, una nueva comunidad política por medio del reclamo de justicia y sobre la base de compartir el daño infligido por la dictadura militar. Al mismo tiempo, las rondas representan una forma de ejercicio del recuerdo que se asemeja a ciertos ritos funerarios en los cuales se exhiben las huellas materiales de los muertos. En este caso, se trata de exponer las fotos y los nombres en lugar de los cuerpos ausentados. Exponen, así, el crimen de la desaparición (cit. en Martine Déotte, 2000).

Abuelas

Al mismo tiempo que las Madres comienzan con las rondas, el 15 de mayo de 1977 un grupo de mujeres solicita un *habeas corpus** colectivo y lo presenta a la justicia de Morón. Denunciaban la desaparición de mujeres embarazadas y de otros secuestrados junto a sus bebés y reclamaban que se suspendieran las



MADRES CON LA BANDERA DE LOS DESAPARECIDOS EN LA 28ª MARCHA DE LA RESISTENCIA.

adopciones. Así nació Abuelas de Plaza de Mayo, con el objetivo de recuperar a los hijos de los desaparecidos robados por el gobierno de facto. Se trataba de un grupo de madres de detenidos-desaparecidos que sabían que a sus hijos se los habían llevado junto a sus nietos. Como la recuperación de los bebés requería acciones específicas (como visitar las casa-cunas y los juzgados de menores, investigar los casos de adopción), ellas decidieron que convenía agruparse de forma independiente (ver «Hospital Militar Central», pág. 77).

Las solicitadas de las madres

En la noche del 22 de abril de 1976, cuenta Ramiro de Casasbellas, director de *La Opinión* a partir de la detención de Jacobo Timerman, se impartió una orden verbal a los medios de comunicación que vedaba la posibilidad de publicar información acerca de «episodios subversivos, hallazgos de cadáveres, secuestros, desapariciones, muertes de elementos sediciosos y asesinatos de militares, policías o agentes de seguridad, a menos que tales hechos constaran en partes oficiales» (Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín, 2006).

Para hacer públicos sus reclamos, las Madres tuvieron que recurrir tempranamente a la publicación de avisos pagos (solicitadas) en los diarios, y al contacto con personalidades del extranjero. En octubre de 1977 realizaron el primer petitorio para exigir al gobierno una respuesta acerca del paradero de sus hijos. Fue en ese momento cuando a muchas de ellas las llevaron detenidas. Cuenta María del Rosario de Cerruti:

«Cuando llevamos el petitorio al Congreso nos encerraron en la calle Rodríguez Peña, nos metieron adentro de cinco colectivos, nos llevaron a la comisaría que estaba en la calle Lavalle. Ahí ya había periodistas, había curas, de todo.

Vinieron unos 20 tipos de la SIDE [Secretaría de Inteligencia del Estado], de civil, con máquinas de escribir para tomarnos declaración. Nosotros éramos muchísimos, como 300. Nos preguntaban quiénes nos habían mandado, si veníamos del Partido Comunista. Nosotras le respondíamos muy altaneras que presentábamos el petitorio porque teníamos un hijo desaparecido (...). Nos fueron largando a la madrugada, de a una. Y cuando salíamos, no habían dejado estar a nadie a diez cuadras a la redonda. Teníamos mucho miedo (...). Esa solicitada salió en *La Prensa*, en octubre. Para el 10 de diciembre, día de los Derechos Humanos, quisimos sacar una con el nombre de los desaparecidos, pero no nos dejaron y tuvimos que poner los nuestros. Nos aceptó *La Nación*^{AO} (ver «Iglesia Santa Cruz», pág. 89).

Durante los preparativos de esa segunda solicitada, entre el 8 y el 10 de diciembre de 1977, un grupo de madres, familiares y allegados a las organizaciones de Derechos Humanos fue secuestrado por un Grupo de Tareas* de la Escuela de Mecánica de la Armada (ver pág. 153). El 8 de diciembre se llevaron de la Iglesia Santa Cruz a María Eugenia Ponce de Bianco, Esther Ballestrino de Careaga, Alice Domon, Raquel Bulit, Patricia Oviedo, Ángela Auad de Genovés y Gabriel Horacio Horane. El viernes 9 secuestraron a Remo Berardo, Horacio Elbert y José Julio Fondevilla. Un día después, el mismo Grupo de Tareas secuestró a la monja de nacionalidad francesa Léonie Duquet, compañera de Alice Domon, y en Sarandí (provincia de Buenos Aires) a Azucena Villaflor. Azucena había insistido con la publicación de la solicitada, a pesar de los secuestros que dos días antes habían tenido lugar en la Iglesia Santa Cruz.

El pañuelo

Aída Bogo de Sarti recuerda: «Empezamos a organizarnos en grupos, la zona sur, la zona norte, la zona oeste y este. Fuimos a hacer un picnic, camino a La Plata, medidas entre medio de todo el follaje que había. Hacíamos como que festejábamos el cumpleaños de alguien y ahí fue donde nos indicó Azucena: “vos te vas a encargar de tal zona, vos de tal otra”. Yo era encargada de acá de toda la zona sur. Venían todas al Parque Lezama. Y otras, Nora [Cortiñas] y las demás, eran encargadas de otros lados. Aglutinábamos a las madres que venían con sus problemas y después íbamos a la plaza. Cuando veíamos entrar a Azucena parecía que entraba una magia, por la fuerza que tenía. Única»^{AO,0099}.

Haydeé García Gastelú cuenta cómo nace el símbolo de las Madres: «El pañuelo surgió después, en un primer momento no usábamos pañuelo. Apareció por primera vez cuando hicimos una primera visita a Luján (ver «Plaza Madres del Pañuelo Blanco», pág. 170). Porque nos perdíamos, no nos podíamos identificar. Acá era distinto porque estábamos en la plaza, dábamos vueltas, pero en cuanto salíamos de la plaza era fácil que nos perdiéramos, es decir que no pudiéramos seguirnos unas a las otras. Entonces surgió como una idea. En realidad no era un pañuelo, sino un pañal. Simbólicamente era un pañal que nos atábamos y para reconocernos unas a las otras»^{AO}.

María del Rosario de Cerruti describe la llegada de la peregrinación a la Basílica de Luján y las movilizaciones cuando ya eran un grupo más numeroso: «El cura que dio la misa, cuando vino a darnos la ostia y le dijimos: “Por mi hijo detenido-desaparecido”, nos la negó (...). En 1980 no nos dejaban entrar en la plaza, pusieron vallas y policía un jueves a las tres de la tarde. Entonces lo que hacíamos era hacer marchas relámpagos, en distintos horarios, para que no nos esperasen, para despistar. Ahí todavía no usábamos pañuelo en la marcha, porque nos seguían, nos teníamos que camuflar (...). Después de un tiempo, en ese mismo año volvimos a entrar a la plaza junto con la Asamblea Permanente [por los Derechos Humanos]: Monseñor de Nevares y los pocos políticos que había en la Asamblea (Alfonsín no estaba). Todos tomados de las manos tiramos la valla



27ª MARCHA DE LA RESISTENCIA.

y entramos a la plaza: “No nos van a sacar de acá. La plaza tiene que ser de las madres”. Y ahí empezamos a ponernos más duras. Ya éramos como 200»^{AO}.

El 22 de agosto de 1979 constituyeron formalmente la Asociación Civil Madres de Plaza de Mayo frente a un escribano público en la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires. Recuerda Enriqueta Maroni: «Queríamos cada vez inventar nuevas cosas para poder hacer que se nos dijera algo. Las primeras pancartas salen, no me acuerdo el año, pero salen de la primera casa que tuvimos nosotras ahí en la calle Uruguay que la conseguimos gracias a una donación que hizo una organización de Holanda, SAM, que nos dio el dinero»^{AO.0146}.

Marchas de la resistencia

Las Madres organizaron la primera marcha de la resistencia para el 10 de diciembre de 1981 con la idea de ocupar la Plaza de Mayo durante 24 horas. Para su convocatoria, publicaron el siguiente aviso:

«Convocamos al pueblo, a las organizaciones obreras, estudiantiles, profesionales, religiosas y políticas a concurrir a la Plaza de Mayo el jueves 10 de diciembre a las 15:30 hs., donde sostendremos una marcha, “símbolo de resistencia de las Madres”, prolongando nuestra permanencia en el lugar, como expresión del reiterado reclamo de verdad y justicia y contra el obstinado silencio que pretende tender un manto de olvido acerca de nuestro drama».

Al día siguiente, las Madres difundieron el siguiente comunicado:

«Estas 24 hs. de marcha que representan alrededor de 100 km., fueron convocadas por nuestra Asociación ante el obstinado silencio de las Fuerzas Armadas,

para exigir a quien corresponda la aparición con vida de los detenidos-desaparecidos y para demostrar que con la sola fuerza de las madres nos oponemos al manto de olvido. (...) En horas de más afluencia de personas, fueron calculadas 2.500».

Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también

En 1978 buena parte de la sociedad se movilizó hacia la plaza para festejar el triunfo de la selección argentina de fútbol. Del mismo modo, cuando el 2 de abril de 1982 el general Leopoldo Fortunato Galtieri anunció públicamente la ocupación de las Islas Malvinas, miles de personas fueron a la Plaza de Mayo para aplaudirlo. Las islas ocupaban un lugar privilegiado en la construcción de la identidad nacional: durante décadas, la ocupación inglesa de ese territorio había sido presentada como la puntada que faltaba tejer en la trama de la comunidad imaginada por los argentinos.

El 30 de marzo de 1982, una manifestación de la Confederación General del Trabajo (CGT) que se oponía al gobierno fue brutalmente reprimida en su intento de ocupar la plaza. Muchos de los que estaban aquel día repudiando a la dictadura se volvieron a encontrar el 2 de abril apoyando el intento de recuperación de Malvinas. La plaza del 2 de abril fue también un espacio donde cientos de personas que no acordaban con el gobierno de facto pudieron reencontrarse, después de mucho tiempo, con la política en las calles. Si desde 1976 la política de represión y desmovilización había vaciado la plaza, para algunos ésta era una nueva oportunidad para reunirse. No todos los que concurren aquel día de 1982 a la Plaza de Mayo apoyaban a la dictadura, pues hubo quienes sin identificarse con el régimen consideraban legítima la recuperación de las islas. Para otros, la reunión en la plaza era la posibilidad de presentar resistencias, de exponer pública y masivamente que el horror sucedía, tal como hicieron las Madres al presentar la consigna «Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también».

El Siluetazo

Luego de la derrota en Malvinas, donde murieron 649 soldados argentinos, la oposición a un gobierno militar ya en retirada tuvo a las Madres al frente de todas las manifestaciones. Durante la tercera Marcha de la Resistencia, en septiembre de 1983, se realizó una significativa intervención estética y política orientada a mostrar las dimensiones del crimen de la desaparición forzada de personas. Esta intervención fue conocida como «Siluetazo». El procedimiento plástico fue una iniciativa de tres artistas (Rodolfo Aguerreberry, Julio Flores y Guillermo Kexel) y para su concreción recibieron aportes de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo y de otros activistas de Derechos Humanos. En la plaza aquel día se trazaron perfiles vacíos de cuerpos a escala natural sobre papeles, los cuales luego fueron adheridos sobre las paredes de los edificios de los alrededores de la plaza como un modo de representar «la presencia de la ausencia» (Longoni y Bruzzone, 2008).

Otro de los objetivos del siluetazo era poner en evidencia la superficie que ocupan 30.000 cuerpos humanos (que era la cifra de desaparecidos que se estimaba en aquel momento). El desarrollo de la actividad durante la marcha se transformó en una suerte de taller al aire libre en la Plaza de Mayo. Esta experiencia se repitió en dos ocasiones. En diciembre de 1983, durante la asunción de Raúl Alfonsín como presidente de la Nación, momento en el que la Plaza de Mayo volvió a colmarse de gente. Numerosos manifestantes llevaron adelante el Siluetazo en la Plaza de la República, alrededor del Obelisco sobre la Avenida 9 de Julio. En marzo de 1984, fue realizado una vez más en ese mismo sitio con motivo del octavo aniversario del golpe militar.



STENCIL EN LAS INMEDIACIONES DE LA PLAZA EN REPUDIO DEL MUNDIAL 78.

La Plaza de Mayo en democracia

Con la reapertura democrática la plaza volvió a ser el escenario privilegiado de las manifestaciones populares. Tanto en la Argentina como a nivel internacional la Plaza de Mayo se había convertido en la plaza de las Madres.

A mediados de 1980, en la organización de las Madres comenzaron a manifestarse diferencias internas sobre distintos temas. El vínculo con las autoridades constitucionales, la exhumación de los cuerpos hallados en las investigaciones sobre el paradero de los desaparecidos, el Juicio a las Juntas Militares*, eran algunas de las discrepancias, además de otras que venían de tiempo atrás. A esto se sumaban diferencias en cuanto a la metodología de trabajo (ver «Plaza y Centro Cultural Nunca Más», pág. 186).

En 1986, un grupo de Madres, muchas de las cuales habían originado el movimiento, estuvieron en desacuerdo con la conducción de Hebe de Bonafini y decidieron separarse formando Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora. Se sumaron a ellas algunas madres que regresaban de sus exilios. Consecuentes con una de las diferencias respecto de la conducción de Hebe de Bonafini, las Madres - Línea Fundadora decidieron no elegir presidenta ni autoridades. Sostenían que en el grupo de Madres liderado por Bonafini no existía democracia interna. También propiciaban la coordinación con otras organizaciones de Derechos Humanos como el grupo de Abuelas y de Familiares. Desde entonces sostuvieron la consigna «Memoria, Verdad y Justicia», al percibir que en la articulación de estos temas se necesitaba un trabajo estratégico de largo aliento.

Semana Santa, «la casa está en orden»

En 1986, como respuesta a las presiones castrenses, el gobierno de Alfonsín impulsó la sanción de la llamada Ley de Punto Final*, que imponía un plazo de 60 días para procesar a los acusados de delitos de lesa humanidad cometidos durante el terrorismo de Estado. Como esta ley no era suficiente para los militares —muchos de los cuales empezaban a ser citados por los tribunales— un grupo de oficiales, conocidos luego como los «carapintadas», se sublevaron dirigidos por el teniente coronel Aldo Rico en Semana Santa de 1987.

Los comandantes de las Fuerzas Armadas no respondieron a la directiva del presidente de reprimir a los insurrectos atrincherados en Campo de Mayo. Pero millones de personas salieron espontáneamente a las calles en todo el país para oponerse al alzamiento militar y defender al gobierno constitucional. Esos días de Semana Santa, las calles estuvieron ocupadas por la movilización popular y la Plaza de Mayo fue uno de los lugares privilegiados de reunión.

El pico de la movilización ocurrió el domingo 19 de abril de 1987, cuando la plaza volvió a colmarse. Aquel día el presidente Raúl Alfonsín le pidió a los cientos de miles de manifestantes que aguardaran su regreso, mientras concurría personalmente a Campo de Mayo a pedir la rendición del teniente coronel Aldo Rico y los carapintadas. Horas después, habló ante la multitud reunida en la plaza. Anunció que los amotinados habían depuesto las armas y pronunció la histórica frase «La casa está en orden, felices Pascuas». Lo que parecía, en principio, la victoria de un gobierno democrático apoyado por el pueblo, se revelaba en el mismo acto como una negociación con los militares, en la cual el presidente había garantizado que no continuarían los juicios. Esto se concretó jurídicamente en la llamada Ley de Obediencia Debida*, asegurando la impunidad a la mayoría de militares y policías que habían cometido crímenes de lesa humanidad.

Los noventa

Desde la Plaza de Mayo, las Madres se opusieron a los indultos* con los que el presidente Carlos Saúl Menem liberó a los militares que habían sido juzgados y condenados. Cada año en el mes de diciembre también allí continuaron realizando, además de las rondas semanales, ininterrumpidamente, las marchas de la resistencia.

Al cumplirse 20 años del golpe de Estado, las organizaciones de Derechos Humanos convocaron a una marcha realizando un importante trabajo de difusión. El 24 de marzo de 1996, la habitual marcha desde el Congreso Nacional hacia la Plaza de Mayo contó con una asistencia masiva. Muchos jóvenes y personas que habitualmente no asistían a esta movilización se unieron para repudiar al terrorismo de Estado. Exigieron juicio y castigo a los culpables junto a las Madres y las históricas organizaciones de Derechos Humanos. Fue en esos años cuando apareció públicamente la organización Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S*) que agrupa a los hijos de desaparecidos.

Diciembre de 2001

A poco más de dos años de haber asumido la presidencia, el gobierno de Fernando De la Rúa enfrentaba una profunda crisis política y económica. Frente a los saqueos a supermercados y a las manifestaciones sociales de rechazo a las medidas implementadas durante los últimos meses por el gobierno radical, Fernando De la Rúa declaró el estado de sitio el 19 de diciembre de 2001, suspendiendo las garantías constitucionales. Frente a esta decisión miles de personas salieron a las calles a manifestarse desde distintos puntos de la ciudad de Buenos Aires y marchó hacia la Plaza de Mayo. Esa misma noche, renunció el Ministro de Economía, Domingo Cavallo, quien había sido ministro de Carlos Menem y uno de los principales responsables de la implementación de las políticas neoliberales en la Argentina.

Las manifestaciones fueron violentamente reprimidas en Plaza de Mayo y frente al Congreso. El 20 de diciembre por la mañana, la policía montada reprimió en la Plaza de Mayo a un grupo de Madres frente a las cámaras de televisión. Al ver estas imágenes miles de personas se volcaron a las calles nuevamente. 39 personas murieron en el país en manos de la fuerza de seguridad. Cinco



ANIVERSARIO DEL GOLPE DE ESTADO EN LA PLAZA DE MAYO, 24/03/07.

de ellos en las inmediaciones de Plaza de Mayo. Ese mismo día, Fernando De la Rúa renunció a la presidencia.

Desde entonces parte de la plaza permanece cercada. Durante el gobierno de Carlos Menem se instalaron vallas de contención para separar a los manifestantes de la Casa de Gobierno. En 2001 esas vallas llegaron hasta la mitad de la plaza.

La memoria en Plaza de Mayo

En diciembre de 2005 se realizó en la plaza un acto en homenaje a Azucena Villaflor, fundadora de Madres de Plaza de Mayo. Los restos de Azucena fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense* (EAAF) (ver «Iglesia Santa Cruz», pág. 89) y entregados a sus familiares. Sus cenizas fueron depositadas junto a la Pirámide de Mayo. Durante el acto el gobierno colocó una placa en su memoria.

Durante la vigésimo sexta Marcha de la Resistencia, en diciembre de 2006, las Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora reclamaron la aparición con vida de Jorge Julio López, desaparecido desde septiembre de 2006. López fue sobreviviente de dos Centros Clandestinos de Detención (CCD) –el Pozo de Arana* y la Comisaría 5°* de La Plata– y desapareció nuevamente después de haber dado testimonio en el juicio a Miguel Etchecolatz, ex Jefe de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. El represor tuvo a su cargo más de 20 CCD. Junto a la placa que recuerda a Azucena Villaflor (ver «Bulevar Azucena Villaflor» pág. 51) hay un cerámico, realizado por los obreros de la Fábrica sin Patrones (FaSinPat, ex Zanón) con el rostro de López y la frase «Exigimos al gobierno la



aparición con vida YA de Julio López» (ver «Homenaje a Jorge Julio López en el Bar Miramar», pág. 105).

El lugar alrededor de la Pirámide de Mayo donde las Madres realizan sus rondas todos los jueves desde 1977, y que simboliza su lucha, fue declarado Sitio Histórico por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires en marzo de 2005. Fueron pintados en el piso de este lugar, los pañuelos blancos que las representan. Desde octubre de 2006, una organización que defiende al terrorismo de Estado, a la dictadura militar y a sus responsables (Asociación de Familiares y Amigos de los Presos Políticos de la Argentina) utiliza este mismo lugar para manifestarse. Durante sus actividades, esta Asociación pinta sobre los pañuelos de las Madres, crespones negros. Gracias a la circulación de un video publicado en internet por la propia Asociación, el director de Derechos Humanos de la Legislatura porteña, Carlos Pisoni, pudo realizar, el 7 de mayo de 2009, una denuncia contra su líder, Cecilia Pando, por daño agravado, apología del delito y actitudes intimidatorias.



2. Coordinación Federal

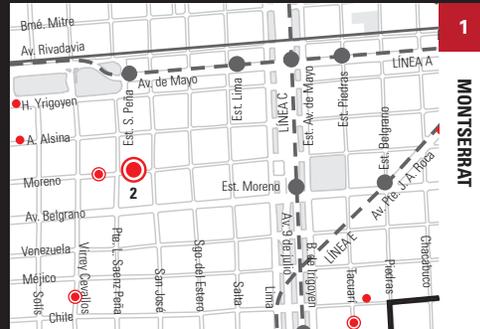
En el edificio de la actual Superintendencia de Interior y Delitos Federales funcionó Coordinación Federal, uno de los más importantes Centros Clandestinos de Detención (CCD) de la ciudad. Se trataba de un lugar de detención transitoria –en el que no se excluía la tortura y asesinato– pues muchos de los detenidos fueron derivados a otros CCD o eran puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional* (PEN) y enviados a cárceles legales. Desde este centro de detención fueron trasladadas las víctimas de la Masacre de Fátima*.

Los interrogatorios bajo tortura en dependencias de la Policía Federal y en este lugar en particular sucedían desde mucho tiempo antes. A partir de su creación en 1944 con el nombre de Coordinación Federal, aglutinó bajo su dirección todas las actividades que realizaban las Fuerzas de Seguridad como «policía política» desde principios de siglo. A partir de entonces, las persecuciones a militantes y activistas, los interrogatorios bajo tormentos y los asesinatos comenzaron a tener allí su centro de planificación.

«Policía política», primeros antecedentes del terrorismo de Estado

Desde los tiempos en que Ramón Falcón era jefe de la policía capitalina, las dependencias policiales investigaban actividades sindicales y políticas. El incremento del conflicto social y la inmigración masiva tuvieron como contrapartida un proceso de sofisticación de las fuerzas represivas. En 1909, poco antes de ser asesinado por el activista anarquista Simón Radowitzky, Falcón había elevado al Ministro del Interior un informe de las actividades de los anarquistas.

Tiempo después, en la jefatura de Luis Dellepiane –durante el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)– fue creada la División de Orden Público que integraba a las secciones: Orden Social, dedicada a las



UBICACIÓN: MORENO 1417

TRANSPORTE: COLECTIVOS: 23-39-56-60-64-86-102-168, SUBTE: ESTACIÓN SÁENZ PEÑA (LÍNEA A),



EN EL EX CENTRO FUNCIONA HOY LA SUPERINTENDENCIA DE INTERIOR Y DELITOS FEDERALES.

actividades del sindicalismo y el crimen; Orden Público, que se ocupaba de los asuntos políticos y, por último, el Servicio del Jefe de Estado encargado de la custodia presidencial.

En 1931, durante el gobierno de facto surgido del primer golpe de Estado en la Argentina, el Jefe de la División Orden Político, Leopoldo Lugones (h) fue acusado de participar y dirigir sesiones de tortura. Para mediados de los años 30, se introduce la pícana* eléctrica entre los métodos de tortura utilizados por la policía.

La Policía Federal y el peronismo

En diciembre de 1943 fue creada la Policía Federal con el fin de constituir una fuerza de seguridad de alcance nacional. También fue afectada, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, a tareas de contraespionaje, dados los impedimentos legales para que esas actividades fueran completamente realizadas por el Servicio Secreto del Ejército. Esta función es asignada a Coordinación Federal y, finalizada la guerra, rápidamente se orienta a la represión de los opositores políticos.

Durante los primeros años, la Policía Federal estaba dividida en cuatro direcciones: judicial, seguridad, administración e investigaciones. Esta última contemplaba la policía política que tenía a su cargo la sección Orden Social, Orden Político y la «Sección Especial». Uno de los directores de la «Sección Especial» durante el gobierno de Juan Domingo Perón fue Cipriano Lombilla, un torturador que venía de los tiempos de Leopoldo Lugones (h). Los detenidos en la «Sección Especial», en una práctica que luego sería sistemática durante la última dictadura militar, no eran asentados en los registros. Por sus instalaciones pasaron muchos opositores y también dirigentes gremiales peronistas que, como Cipriano Reyes –torturado en la «Sección Especial» en 1948–, pretendían preservar la autonomía del movimiento obrero. (*Clarín*, «Murió Cipriano Reyes, testigo de casi un siglo de historia argentina», 2/8/2001).

Después del golpe de la autodenominada «Revolución Libertadora», que derrocó al segundo gobierno de Juan Domingo Perón, la Marina estuvo a cargo de la institución policial. Durante esos años, además de perseguir al peronismo proscrito, se creó la División de Actividades Políticas Antidemocráticas (DIPA), especializada en la vigilancia y persecución de comunistas y trotskistas.

Los agentes de Coordinación Federal se presentaban de forma intimidatoria en los actos políticos o gremiales, provocando la desconcentración de los manifestantes, e incluso participando de modo directo en las acciones represivas. Un caso paradigmático fue el asesinato en la vía pública de quien fuera Secretario General del Sindicato de Prensa, Emilio Mariano Jáuregui, sucedido el 27 de junio de 1969, pocos días después del Cordobazo*. Como se denunció en su momento, Jáuregui fue baleado por policías de civil que circulaban en un auto no identificado, mientras participaba de un acto convocado por la CGT de los Argentinos* en repudio por la visita de Nelson Rockefeller a la Argentina (Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos, 1973: 129).

Superintendencia de Seguridad Federal

A principios de los años 70, una ley promulgada por el gobierno militar cambió el nombre de Coordinación Federal por el de Superintendencia de Seguridad Federal. Estableció también que el jefe de esa dependencia debía ser militar y tener un rango de oficial superior.



SECTOR DE CELDAS EN EL TERCER PISO.

Con la victoria electoral del Frente Justicialista de Liberación en las elecciones de marzo de 1973 con el 49,5 por ciento de los votos, el dirigente peronista Héctor Cámpora asumió la primera magistratura de la Nación. El nuevo presidente nombró a Esteban Righi en el Ministerio del Interior, quien criticó duramente a los efectivos de la Policía Federal y les advirtió que se castigaría el empleo de la tortura. Además, anunció la disolución de la DIPA y le ordenó al jefe de la Superintendencia de Seguridad Federal que quemara las fichas policiales.

Poco tiempo después, un ex miembro de Coordinación Federal, el teniente coronel retirado Jorge Osinde, que ocupaba el cargo de Secretario de Deportes y Turismo en el Ministerio de Bienestar Social a cargo de José López Rega, fue el encargado de las tareas de seguridad para el arribo de Perón a la Argentina. El 20 de junio, una movilización estimada en tres millones de personas se acercó a Ezeiza para recibir al líder peronista. Antes de que el avión aterrizara, el peronismo de derecha comandado por Osinde y López Rega inició, desde el palco donde estaba apostado, un tiroteo contra las columnas de la Tendencia Revolucionaria* que duraría horas. El episodio fue conocido como la «Masacre de Ezeiza».

Poco después, el 13 de julio de 1973, Cámpora renunció a la presidencia. En septiembre la fórmula Juan Perón e Isabel Perón ganó las elecciones con el 62 por ciento de los votos. En marzo de 1974, Alberto Villar fue nombrado Jefe de la Policía Federal. Villar había cobrado notoriedad, entre otros episodios, por la violenta irrupción de las fuerzas policiales bajo su mando en la sede capitalina del Partido Justicialista mientras se velaban los cuerpos de varios presos políticos fusilados en lo que se denominó la Masacre de Trelew*, en agosto de 1972. Poco tiempo antes del nombramiento de Villar, Perón designó al mando de la Superintendencia de Seguridad Federal al comisario Luis Margaride, quien durante el gobierno de Onganía había comandado operativos contra el uso de las minifaldas.

Antonio Viana Acosta, un ciudadano uruguayo, militante de Tupamaros*, contó la forma en que fue secuestrado por los agentes de Superintendencia de Seguridad Federal, el 21 de febrero de 1974:

«Hacia varios días que percibía que me estaban siguiendo. Eran las tres y media de la mañana cuando me desperté con el ruido de los vidrios de las ventanas que se quebraban y vi que estaban empujando la puerta de mi habitación. Me encañonó el comisario Juan Ramón Morales. Con él estaban Alberto Villar y Luis Margaride. Me sacaron a la terraza y la lluvia de puntapiés no terminaba más. Como yo tenía un taller de reparaciones de radios para hacerme un mango, ahí mismo agarraron la punta de los cables y me picanearon. Me llevaron a Coordinación Federal y me siguieron picaneando durante dos semanas» (*Página 12*, 12/03/2007).

Acosta estuvo tres meses cautivo en Buenos Aires hasta que fue enviado al Uruguay, donde lo mantuvieron preso cerca de ocho años. Su testimonio fue presentado en la causa judicial que investiga los crímenes de la Triple A* (Alianza Anticomunista Argentina) en 2008.

La organización parapolicial de ultraderecha Triple A* (Alianza Anticomunista Argentina), liderada por José López Rega, había hecho su aparición pública en el atentado al senador del partido radical Hipólito Solari Yrigoyen el 21 de noviembre de 1973. Una bomba estalló al encender su auto. Solari Yrigoyen había recibido un mensaje el día anterior que decía: «¡Cuidado! La Alianza Anticomunista Argentina (AAA)». López Rega y Villar dirigían los movimientos de la Triple A. Con el alejamiento de Cámpora y la hegemonía del peronismo de derecha, muchos de sus integrantes fueron convocados para prestar servicio en la Superintendencia.

Junto a la reincorporación de Villar, Perón también había convocado a Eduardo Almirón (extraditado desde Italia en 2006 al reabrirse la causa Triple A. Murió en abril de 2009) y a su suegro Juan Ramón Morales. El periodista Horacio Verbitsky, señaló: «El subcomisario Morales y el subinspector Almirón habían sido dados de baja deshonrosamente de la Policía Federal, procesados y encarcelados por ladrones, "mexicanos", coimeros, contrabandistas, traficantes de drogas y tratantes de blancas. A comienzos de la década del 60, Morales era el jefe de la Brigada de Delitos Federales de la Policía Federal, y su banda, asociada con la de Miguel Prieto, alias El Loco, cubría todas las especialidades. Descubiertos mediante la infidencia de uno de sus subordinados y la detención en flagrante delito del suboficial Edwin Farquarsohn, Morales y Almirón sellaron los labios de sus cómplices con un sistema que en la década siguiente aplicaron a la lucha política. Algunos de sus antiguos socios aparecieron en basurales y baldíos con centenares de perforaciones de balas y las manos atadas y quemadas. Almirón tenía además un antecedente notable: su intervención en el asesinato del teniente de la Armada estadounidense Earl Davis el 9 de junio de 1964 en una *boat* de Olivos» (Verbitsky, 1986).

La Triple A asesinó a centenares de militantes y dirigentes sociales y políticos entre fines de 1973 y 1975, así como sus amenazas obligaron a otros centenares a optar por el exilio. El marco de impunidad que rodeaba sus acciones permitió que dieran muerte a importantes referentes de los movimientos de contestación política, social y cultural que pugnaban por la transformación social en la Argentina, como fue el caso del sacerdote tercermundista Carlos Mugica (ver pág. 25); del diputado Rodolfo Ortega Peña, del abogado de presos políticos Alfredo Curuchet; del dirigente sindical del peronismo combativo y ex vicegobernador de Córdoba, Atilio López; del intelectual de izquierda Silvio Frondizi (hermano del ex presidente Arturo Frondizi) y de su yerno Luis Mendiburu; del

dirigente de la Resistencia Peronista* Julio Troxler (ver «calle Julio Troxler», pág. 240), por mencionar algunos de los casos más sobresalientes.

El 1 de noviembre de 1974 la organización Montoneros* dio muerte a Alberto Villar mediante la detonación de un explosivo en un pequeño yate en el que estaba embarcado. Luis Margaride pasó de la Superintendencia a la jefatura de la policía.

Las detenciones ilegales comenzaron a hacerse sistemáticas antes del golpe de Estado. Paula Mahler, activista del Partido Comunista, fue secuestrada el 17 de junio de 1975 cuando iba a recibir a un grupo de compañeros suyos que habían estado presos en la Superintendencia: «Estuve tres meses ahí. En ese lugar se torturaba todas las noches. Por suerte te dejaban dormir de día, porque de noche no se podía dormir porque se escuchaban los gritos, la radio que ponían fuerte. A los que torturaban después los llevaban a los jueces, esto era el gobierno de Isabelita, los jueces debían saber»^{AO.0460}.

«Las tres A son hoy las tres Armas»

Rodolfo Walsh, el escritor, periodista y militante de la organización político-militar Montoneros, afirmaba a principios de 1977 que la Junta Militar que había tomado el poder el 24 de marzo de 1976 no había llegado para combatir a la guerrilla y a los grupos de ultraderecha, sino para continuar y amplificar lo iniciado por la Triple A (ver «Esquina de San Juan y Entre Ríos», pág. 96).

En marzo de 1983, pocos meses antes de que los militares se retiraran definitivamente del poder, el ex inspector de la Policía Federal Rodolfo Peregrino Fernández compareció voluntariamente ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos en Madrid y aportó una serie de datos significativos sobre la estructura de la represión ilegal. Se trató de un temprano y fundamental testimonio, ya que hasta ese entonces las organizaciones de Derechos Humanos contaban únicamente con los relatos de las víctimas.

El inspector, que había egresado de la Escuela de Policía Ramón J. Falcón en 1968 y que había trabajado en el Cuerpo de Policía Montada y en la Dirección General de Orden Urbano, se desempeñó, durante la dictadura, en la Ayudantía del Ministro del Interior, general Albano Eduardo Harguindeguy. Rodolfo Peregrino Fernández describió con detalle el funcionamiento de la Superintendencia de Seguridad Federal durante el terrorismo de Estado y su relación con la Triple A. El grupo de Villar fue una de las principales vertientes en la formación de la Triple A. Muchos de sus miembros habían prestado servicio en distintas tareas de represión política. Una vez producido el golpe militar en marzo de 1976, «un sector de la Alianza Anticomunista Argentina, que seguía operando (...) se incorpora en gran parte a la Superintendencia de Seguridad Federal, trabajando bajo las órdenes del comisario mayor Lapuyole, alias "El Francés"» (Peregrino Fernández, 1983: 20) (ver «Automotores Orletti», pág. 220).

Desde el mismo día del golpe, el 24 de marzo de 1976, se llevó a cabo una ola de detenciones en toda la ciudad y el Gran Buenos Aires en base a los informes producidos, entre otras dependencias, en la Superintendencia de Seguridad Federal. Según Peregrino Fernández, allí operaba principalmente un Grupo de Tareas* de la Policía Federal que dependía orgánicamente de la Jefatura General (ver «Departamento Central de la Policía Federal», pág. 40).

El Centro Clandestino de Detención después del 24 de marzo

Durante la última dictadura la mayoría de los detenidos en la Superintendencia de Seguridad Federal fueron alojados en el tercer piso. Ariel Blaustein, uno de

los sobrevivientes, fue secuestrado en mayo de 1976. Blaustein cuenta lo que vio después de que lo interrogaron el primer día: «Me conducen de vuelta y yo me doy cuenta, en un momento que puedo levantar la venda, que estoy en una leonera, en un espacio grande, con 40 personas tiradas ahí»^{AO.0411}.

En el tercer piso de la Superintendencia había dos «leoneras», celdas de grandes dimensiones, donde entraban decenas de personas. Cerca de las «leoneras» estaban los «tubos», pequeñas celdas de dos metros por uno. También hubo detenidos en otros pisos del edificio.

A Blaustein lo mantuvieron una semana en el tercer piso, luego legalizaron su situación y lo pusieron a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. «Pasé la semana completa en medio de la oscuridad... me acuerdo que cada tanto nos llevaban al baño, que me bañé una sola vez, con agua helada». Luego lo trasladaron al Departamento Central de Policía (ver pág. 40).

La bomba en Superintendencia

El viernes 2 de julio de 1976, Montoneros detonó una bomba en el comedor de la Superintendencia de Seguridad Federal. Murieron más de 20 personas y hubo decenas de heridos.

Este acontecimiento desencadenó una serie de represalias. En la madrugada del domingo siguiente, un Grupo de Tareas irrumpió en la Iglesia San Patricio del barrio de Belgrano (ver «Iglesia San Patricio y Pasaje Mártires Palotinos» pág. 177) y asesinó a cinco sacerdotes palotinos dejando escrita en una de las paredes la frase «Por los camaradas dinamitados en Seguridad Federal». El jefe de policía, general de brigada Arturo Corbetta, un militar que no acordaba con la represión ilegal y lo había manifestado públicamente, fue removido de su cargo después de la bomba.

Otros hechos que también formaron parte de la represalia por la bomba en la Superintendencia fueron objeto de diverso tratamiento por los medios periodísticos locales. El periódico *La Razón*, en su edición del sábado 3 de julio, titulaba: «Aparecieron esta mañana numerosos cadáveres. Ocho fueron localizados en una playa de estacionamiento de S. Telmo». La misma noticia publicaba *La Opinión* el 4 de julio: «Ocho cadáveres en San Telmo». En *La Nación*, el 5 de julio señalaban lo siguiente: «Hallóse un cadáver junto al Obelisco. Ayer, a las 5.45, fue hallado el cadáver de un hombre asesinado a balazos en la intersección de las avenidas Corrientes y 9 de Julio. El cuerpo se encontraba en la plaza de la República, junto a la cara Este del Obelisco». El 8 de julio, el *Buenos Aires Herald* publicaba: «Four bodies near Congress. (...) The four dead yesterday were found inside a Peugeot car, parked on Rivadavia, between Riobamba and Callao, not far from the entrance to de Chamber of Deputies» [«Cuatro cuerpos cerca del Congreso (...). Los cuatros cadáveres fueron encontrados ayer en un Peugeot, estacionado en Rivadavia entre Riobamba y Callao, no lejos de la entrada de la Cámara de Diputados»].

Tiempo después, en el Juicio a las Juntas Militares*, un ex cabo que trabajaba en la Superintendencia de Seguridad, Armando Víctor Luchina, dio testimonio el 14 de mayo de 1985. Cuando le preguntaron si con motivo del atentado había habido alguna forma de represalia, señaló:

«Yo me había retirado media hora antes, realizaba adicionales en la Facultad de Psicología. Creo que esa noche yo no entré a prestar servicio porque se habían puesto vallas de seguridad, se había colocado el servicio de Guardia de Infantería. No recuerdo si fue un día después que volví al normal servicio de prevención, Guardia de Prevención de Seguridad Federal y allí sí tomé conocimiento de



LOS DETENIDOS INGRESABAN POR ESTE GARAGE.

una especie de venganza que se tomó en cuanto a los detenidos que se encontraban en Seguridad Federal. Fueron todos retirados del sitio en que se encontraban, sacados del edificio, muertos y esparcidos por la ciudad»^{FLMO}.

María del Socorro Alonso fue secuestrada el 11 de agosto de 1976. Luego de permanecer detenida en la comisaría 24 (ver «Las comisarías como lugar de detención ilegal», pág. 249) fue trasladada a la Superintendencia de Seguridad Federal.

«Al poco tiempo yo me doy cuenta dónde estábamos porque como habían puesto una bomba en Coordinación en julio, ahí había albañiles trabajando. Estaban todo el día trabajando, hablaban entre ellos y se decían: “Vamos a entrar por la calle San José”. Como era mi barrio, yo esa zona la conocía de siempre. Además, después los compañeros que ya estaban ahí nos fueron pasando estos datos»^{AO.0050}.

María del Socorro describe una de las características particulares de este Centro. La superposición de la ilegalidad con la legalidad, de la vida del campo de concentración y los tormentos con las rutinas diarias de las oficinas públicas:

«Cuando me llevaban forzadamente a las sesiones, en el camino obligado para ir a la sala de torturas, se escuchaban máquinas de escribir y voces como si fuera una oficina normal, con comentarios de oficina normal (...). Desde pisos de arriba, Coordinación tiene nueve pisos, se escuchaban que atronaban los gritos y golpes. Bueno, llegaron a estar llenos todos los pisos (...). Y esto quedaba en pleno centro, la gente vivió con eso ahí. A mí me sacaron a plena luz del día».

Masacre de Fátima

«Halláronse 30 cadáveres en la localidad de Fátima», publicaba el periódico *La Nación* en su edición del 21 de agosto de 1976, mientras que el diario *Clarín* de esa mañana incluía la noticia entre sus titulares de tapa: «Fueron hallados 30 cadáveres en Pilar. Repudio del gobierno».

A propósito de este acontecimiento, María del Socorro Alonso dijo: «De Coordinación fueron sacados los compañeros que fueron masacrados en Fátima, la noche del 20 de agosto. Pocos días antes de esto, un guardia trajo un diario, *Crónica* o no me acuerdo qué diario, que decía que había sido asesinado el general Actis, que tenía a su cargo el organismo que iba a preparar el mundial de fútbol en Argentina. Este guardia comentó ahí que le iban a pedir que nos entregaran a unos cuantos, por esto que había pasado (...). A la otra noche, o a las dos noches siguientes, fueron sacados estos compañeros, por lo que hubo mucho movimiento en Coordinación, se escuchaban nombres, hubo tiros... era un traslado. Y después pasó lo de Fátima»^{AO}.

En el testimonio de Víctor Luchina puede leerse: «Sí, señor. Eran 30 personas. (...) recuerdo esa cantidad, porque se iban contando a medida que se los iba apilando adentro de un camión con puertas posteriores en el playón de Seguridad Federal, en un playón descubierto, donde ingresan los coches de los jefes de ese edificio. Era un camión del Ejército, y ahí iban bajando los detenidos de los pisos donde se encontraban e iban siendo prácticamente "arrastrados". Yo participé en eso, en el traslado de esos detenidos, porque mi suposición y la de las demás personas que se encontraban trabajando conmigo era de que se encontraban "drogados", era manifiesta la forma de caminar, la forma de conducirse, las expresiones, no había los gritos que uno acostumbra a escuchar»^{FLMO}.

Entre la noche del 19 y la madrugada del 20 de agosto 30 personas que se encontraban en Superintendencia de Seguridad Federal fueron trasladadas hasta la localidad de Fátima en el Partido de Pilar, provincia de Buenos Aires, y asesinadas con un disparo en la cabeza, sus cuerpos fueron luego dinamitados.

Cerca de las 4:30 de la madrugada los pobladores de la zona escucharon la explosión. Una hora después, un grupo de obreros que se dirigía a su trabajo encontró los cuerpos diseminados en un radio de 20 metros. Las víctimas fueron halladas con las manos atadas y con los ojos tapados. Cinco de las 30 personas fueron identificadas al poco tiempo: Inés Nocetti, Ramón Lorenzo Vélez, Ángel Osvaldo Leiva, Alberto Comas y Conrado Alsogaray. Ocho fueron identificadas por el Equipo Argentino de Antropología Forense* (EAAF) en los años 80: José Daniel Bronzel, Susana Elena Pedrini de Bronzel, Selma Julia Ocampo, Haydé Rosa Cirullo de Carnaghi, Carmen María Carnaghi (ver «Plazoletas - Autopista 25 de Mayo», pág. 99), Norma Susana Frontini, Jorge Daniel Argente y Horacio Oscar García Gastelú. Recientemente, el EAAF identificó a: Juan Carlos Vera, Carlos Raúl Pargas y Ricardo José Raúl Herrera Carrizo.

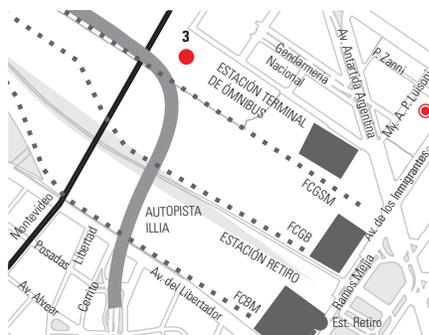
La agrupación H.I.J.O.S. realizó un escrache* en el ex CCD el 24 de junio de 2008 en el marco del juicio por la Masacre de Fátima. En julio de 2008, el Tribunal Oral N° 5 condenó a prisión perpetua a Juan Carlos Lapuyole, comisario inspector retirado de la Policía Federal y ex director de Inteligencia de la Superintendencia de Seguridad Federal, y a Carlos Gallone, comisario inspector retirado y ex jefe de la Brigada de Superintendencia, por los delitos de privación de la libertad y homicidio cometidos contra las 30 víctimas de la masacre. El Centro de Estudios Legales y Sociales fue querellante en la causa y patrocinó a familiares de las siguientes víctimas: Jorge Daniel Argente, Alberto Evaristo Comas, Susana Pedrini de Bronzel y Horacio Oscar García Gastelú.

3. Capilla Cristo Obrero. Padre Carlos Mugica

Carlos Mugica Echagüe, el «cura villero», hizo una radical opción por el servicio a los pobres a pesar de haber nacido en el seno de una familia tradicional de Buenos Aires. Mugica nació el 7 de octubre de 1930. Su padre, Adolfo Mugica, fue diputado conservador y luego Ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Arturo Frondizi. Su madre, Carmen Echagüe, era hija de teatralientes. El 11 de mayo de 1974 Mugica fue asesinado por la Triple A* (Alianza Anticomunista Argentina). «Ahora tenemos que estar más que nunca junto al pueblo», dijo antes de morir.

Después de terminar el colegio secundario, comenzó sus estudios de abogacía. A los 21 años decidió abandonarlos para ingresar al seminario y emprender su carrera sacerdotal. En 1954 comenzó a colaborar en las misiones que la Parroquia Santa Rosa de Lima realizaba en conventillos y zonas marginales. En 1959 fue ordenado sacerdote y pasó casi todo el año junto al obispo de Resistencia en el Chaco Santafesino. Al regresar a Buenos Aires fue asignado a tareas en la curia y fue profesor de teología en la Universidad del Salvador.

En 1966 participó de una misión rural en la provincia de Santa Fe junto



UBICACIÓN: MANZANA 30, VILLA DE RETIRO

TRANSPORTE: COLECTIVOS: 5-6-7-9-20-22-23-26-28-33-45-50-56-70-75-91-100-101-106-115-126-132-143-150-195; SUBTE: EST. RETIRO (LÍNEA C); TREN: EST. RETIRO (LÍNEAS MITRE, BELGRANO Y SAN MARTÍN).

a quienes luego fundarían la organización político-militar Montoneros*: Gustavo Ramus, Fernando Abal Medina y Mario Firmenich. Dos años después, viajó a Francia donde intensificó su relación con el padre Rolando Concatti, promotor del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), y luego viajó a Madrid donde conoció a Juan Domingo Perón.

CAPILLA CRISTO OBRERO.





PLACA COLOCADA EN 1976 EN MEMORIA DE MUGICA.



ALTAR DE LA CAPILLA.

Mugica reconoció en una entrevista de 1973 que hubo un episodio en su vida que cambió su posición ideológica. Después de la caída del gobierno de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955 «fui a un conventillo como de costumbre. Tenía que atravesar un callejón medio a oscuras y de pronto bajo la luz muy tenue de la única bombita, vi escrito con tiza en letras bien grandes: "Sin Perón no hay Patria ni Dios. Abajo los cuervos [curas]" (...) La gente humilde estaba de duelo, y si la gente humilde estaba de duelo, entonces yo estaba en la verea de enfrente» (Revista *Cuestionario*, N° 1, mayo de 1973).

Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo

El Concilio Vaticano II de 1965, un multitudinario encuentro ecuménico, se propuso renovar la Iglesia en función de las necesidades del siglo XX. A partir de entonces, las experiencias de los «curas obreros» y el «diálogo entre cristianos y marxistas» que existían en Europa tuvieron su correlato latinoamericano. En esta «opción por los pobres» existían expresiones radicalizadas que fueron seguidas por muchos sacerdotes como Camilo Torres, el cura colombiano que se incorporó al Ejército de Liberación Nacional (ELN), uno de los movimientos guerrilleros de su país.

Entre las manifestaciones institucionales y doctrinarias que representaban esa tendencia al cambio en la comunidad católica estaban las posiciones adoptadas por los papas progresistas de los años 60, Juan XXIII y Pablo VI.

El obispo brasileño Hélder Câmara, lideró en 1967 a un grupo de 18 obispos de Latinoamérica, Asia y África. El grupo redactó un documento que denunciaba la explotación de los países del Tercer Mundo, sometidos a la pobreza, por parte de las grandes corporaciones internacionales. En diciembre, 270 sacerdotes argentinos firmaron su adhesión al documento. Con el tiempo llegarían a ser 524 los integrantes plenos del MSTM.

En marzo de 1967, el papa Pablo VI promulgó la encíclica *Populorum Progressio* donde denunciaba el desequilibrio entre los países ricos y pobres y criticaba tanto al capitalismo como al colectivismo soviético.

La Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín declaró en 1968 el compromiso de la Iglesia con los pobres y la necesidad de actuar sobre las causas de la miseria. Obispos de distintas provincias apoyaron a los sacerdotes del



MURAL EN HOMENAJE AL PADRE MUGICA.

Tercer Mundo, como Enrique Angelelli de La Rioja (ver «Plaza Obispo Enrique Angelelli», pág. 138), Alberto Devoto de la ciudad de Corrientes, Antonio Brasca de Rafaela en Santa Fe y Jaime de Nevares de Neuquén.

El movimiento de sacerdotes se dedicó, junto a numerosos laicos, al trabajo en zonas marginales entre 1968 y 1976. Muchos de sus miembros, como Carlos Mugica, se acercaron al peronismo. Una proclama del movimiento que defendía la socialización del poder económico, político y cultural y la supresión de la propiedad privada de los medios de producción fue declarada como contraria a la doctrina eclesial por el episcopado. En 1973 el movimiento sufrió una ruptura a raíz de diferencias políticas. Había sacerdotes más ligados al peronismo y otros más vinculados al marxismo.

Mugica en la villa

El padre Mugica, hacia 1968, colaboró con el equipo de pastoral para la villa de emergencia llamada en ese entonces Barrio de Comunicaciones (hoy Villa 31). El equipo creado por el padre Jorge Goñi comenzó a levantar la capilla que, en consonancia con sus convicciones, llamaron Capilla Cristo Obrero.

En 1973, luego de casi 20 años de proscripción del peronismo, su líder regresó al país. En el vuelo chárter que trajo de regreso a Perón, viajó Carlos Mugica. Desde entonces, los contactos entre ambos se intensificaron.

Fátima Cabrera vivía en la villa y era catequista en la Capilla Cristo Obrero cuando Perón visitó el lugar:

«Empezaron a sonar las campanas de la capilla convocándonos. Cuando llegamos y nos avisaron que Perón había llegado en su auto, no lo podíamos creer.

Justamente acabábamos de escuchar por la radio que el General había salido de su casa en Vicente López con destino desconocido, pero nunca nos habríamos imaginado que pudiera venir hacia la villa»^{AO.0195}.

Perón había viajado hasta Retiro para encontrarse con Mugica. Producto de ese acercamiento, juntos idearon una reunión con otros sacerdotes tercermundistas.

Mugica acompañaba las reivindicaciones de los vecinos organizados en la zona de Retiro que formaban parte del Movimiento Villero Peronista* a nivel nacional. La llamada zona Eva Perón, compuesta por seis barrios, llegó a albergar a 50 mil personas, en su mayoría trabajadores del puerto y la construcción. Numerosos activistas, periodistas, personalidades de la cultura y la política acompañaron y trabajaron junto al movimiento, entre otros, el dirigente villero José Valenzuela. Muchas de esas personas desaparecieron durante el período del terrorismo de Estado, como la trabajadora social Lucía Cullen, el escritor y periodista Rodolfo Walsh (ver «Esquina de San Juan y Entre Ríos», pág. 96), el abogado Héctor Sobel, Marianne Erize Tisseau, Carlos Gustavo Cortiñas y el militante villero Alberto Alfaro. Otros vecinos, activistas y colaboradores de la villa sufrieron la tortura, la cárcel y la persecución.

Uno de los primeros golpes que sufriría el movimiento villero fue el asesinato de Alberto Chejolán en marzo de 1974. Durante una marcha de los vecinos del Barrio de Comunicaciones en contra del plan de erradicación de villas del gobierno (ver «Club Atlético», pág. 129) efectivos de la policía mataron al miembro del Movimiento Villero Peronista, vecino de la villa.

Meses después, el sábado 11 de mayo de 1974, en la puerta de la iglesia de San Francisco Solano del barrio de Villa Luro, fue asesinado el Padre Mugica luego de haber celebrado una misa. Se presume que el asesino fue Rodolfo Eduardo Almirón (ver «Coordinación Federal», pág. 17), un hombre de la Triple A* (Alianza Anticomunista Argentina).

Memoria en la Villa

En la entrada de la Capilla Cristo Obrero, distintas placas recuerdan al «cura villero», la más antigua data de 1976. Entre las organizaciones barriales que lo homenajean se encuentran el Club de Madres Carlos Mugica, el Sector del barrio 1° de Mayo, los Amigos del barrio de Comunicaciones, Vecinos de Villa Saldía, Lapidaria y Comunicaciones. Otra placa fue colocada en 1999, año en que se trasladaron sus restos desde el Cementerio de la Chacarita hasta la villa. Para esa ocasión se creó la murga Los guardianes de Mugica que acompañó la procesión. Además, un colegio secundario de Retiro y una calle de la zona llevan su nombre.

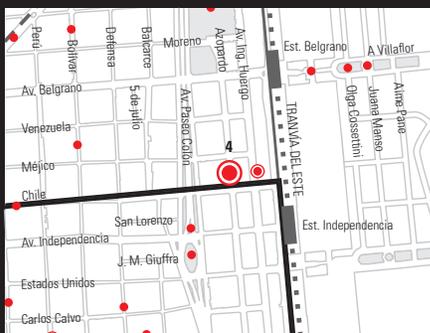
Después de la muerte de Mugica, el Padre José «Pichi» Meisegeier continuó su tarea pastoral en la villa. Todos los años, el domingo siguiente al 11 de mayo, se realiza una misa en la Capilla Cristo Obrero. Luego de la misma, vecinos y delegados de la Villa 31, la murga Los guardianes de Mugica, miembros del Centro Cultural El Campito, del comedor Padre Carlos Mugica, ex catequistas, ex vecinos, amigos, y militantes de la villa celebran la memoria del «Padre Carlos» con actividades folclóricas, campeonatos de fútbol y «choriceadas».

4. Garage Azopardo

«¿Qué es un desaparecido? En cuanto esté como tal, es una incógnita el desaparecido. Si reapareciera tendría un tratamiento X, y si la desaparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento tendría un tratamiento Z. Pero mientras sea desaparecido no puede tener ningún tratamiento especial, es una incógnita, es un desaparecido, no tiene entidad, no está, ni muerto ni vivo, está desaparecido»^{AA}.

Con esas palabras, Jorge Rafael Videla, quien presidió la Junta Militar entre 1976 y 1981, definía la situación de las miles de personas detenidas-desaparecidas en una declaración televisiva. Esas palabras daban cuenta de la lógica de destrucción de la identidad con la que el terror estatal intentó borrar a las víctimas.

Mientras Videla definía de ese modo la situación de los desaparecidos, las Madres de Plaza de Mayo (ver «Plaza de Mayo», pág. 3) marchaban reclamando por la aparición con vida de sus hijos con carteles y pancartas en muchos casos compuestos por las fotografías que se habían tomado de sus hijos al momento de realizar el Documento Nacional de Identidad. Mientras el Estado negaba la existencia de los desaparecidos, ellas usaban para combatirlo la imagen con la



UBICACIÓN: AZOPARDO 651

TRANSPORTE: COLECTIVOS: 2-4-20-33-61-62-64-74-93-105-111-129-130-143-152-159-195.

TRANVÍA: EST. INDEPENDENCIA.

que el mismo Estado les había asignado una identidad. Al usar los retratos de los documentos, los familiares hacían referencia, de modo indirecto, a las prácticas represivas de la dictadura. Las fotos de identidad son dispositivos propios de las sociedades disciplinarias por medio de los cuales se normaliza y serializa a los sujetos.

En la calle Azopardo –en el edificio donde actualmente funciona el Centro de Documentación de la Policía Federal Argentina y se tramitan

EN EL EX CENTRO FUNCIONA HOY EL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN DE LA POLICÍA FEDERAL.



la Cédula de Identidad y el Pasaporte— funcionó entre los meses de octubre de 1976 y febrero de 1977 un Centro Clandestino de Detención (CCD). En ese entonces, en el Garage de Azopardo 651 funcionaba el servicio de mantenimiento de automotores de la Superintendencia de Seguridad Federal (ver pág. 17).

«A mí me secuestran junto a Patricio Rice, que en ese momento era sacerdote. Yo trabajaba con Carlos Mugica [ver «Capilla Cristo Obrero. Padre Carlos Mugica», pág. 25] (...). De repente, paró una camioneta. En la salida de la villa de Soldati, hay un barrio policial: cruzando una calle, ahí estaban los monoblocks. Era una camioneta de civil. Bajó un tipo, nos gritó y le comenzó a tirar tiros a los pies de Patricio (...). En eso sale otra persona que venía de las casas del barrio policial. Muy rápidamente me sacan la cartera y nos empujan hacia la furgoneta»^{AO.0195}.

Fátima Cabrera es sobreviviente de los CCD que funcionaron en las dependencias de la Policía Federal Garage Azopardo y Coordinación Federal. Después de secuestrarla en plena vía pública, la llevaron junto a Patricio Rice a la comisaría de Villa Soldati (ver «Las comisarías como lugar de detención ilegal», pág. 249) y, sin identificarlos, comenzaron con los interrogatorios bajo tortura:

« (...) ¿qué hacíamos en la villa?, ¿con quién estábamos? En un trato que se iba poniendo cada vez más duro. Nos separan, nos preguntan separados. Cuando quería explicar algo, uno de ellos me dio un golpe. Empezó a ser una cosa muy violenta. Yo todo el tiempo decía que fueran a mi casa, que le avisaran a mi mamá. Y nos enteramos de que nos iban a llevar a otro lugar»^{AO}.

De la comisaría los trasladaron a Garage Azopardo. «Cuando llegamos, primero lo bajan a Patricio, a mí me dejan un rato más en el auto. Ahí, lo primero que veo es un soldado, un colimba (...). Enseguida escucho que a Patricio le estaban haciendo preguntas muy duras. A mí me tiran en el piso, me ponen un arma en la sien... era una cosa tremenda. Y al rato nomás nos empiezan a torturar. Nos pusieron una venda, una capucha».

En el primer piso del Garage, al cual se accedía mediante una rampa, se encontraban el espacio de reclusión, la sala de tortura y el baño. A los detenidos los mantenían esposados a unos ganchos amurados en las paredes. Los represores fichaban a los detenidos al ingresar y luego de los interrogatorios completaban los registros con los datos extraídos bajo tormentos.

Los Grupos de Tareas* que operaron en Garage Azopardo estaban integrados por agentes de la Policía Federal bajo el mando del Primer Cuerpo del Ejército.

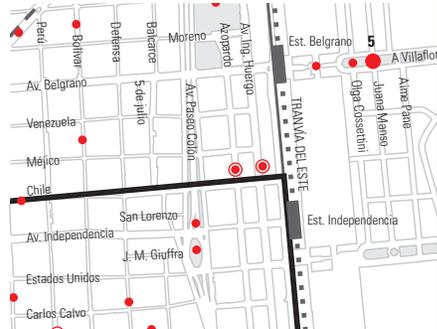
En diciembre de 2008, sobrevivientes y familiares de las víctimas, agrupados en la Comisión Azopardo y Coordinación Federal por Memoria y Justicia, colocaron dos baldosas recordatorias y reclamaron el desalojo de la Policía Federal. Nora López Tomé, de la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos, dijo durante el acto: «Tenemos que lograr que sea un sitio para la memoria, porque hoy tenemos que acreditar la identidad justamente donde nos la robaron». (Página 12, 17/12/2008).

5. Mercedes Benz

«El Comando de la Zona 1 informa a la población que el 2 de noviembre, en horas de la noche, en las proximidades de Plaza Constitución, una patrulla de las fuerzas leales sorprendió a un activista que incitaba al cese de actividades y trataba de impedir la concurrencia al trabajo de algunos operarios, siendo abatido por el fuego. Se procura su identificación. Las fuerzas legales cumplieron con la misión impuesta tendiente a asegurar la libertad de trabajo» (*La Nación*, 3/11/1977).

En este comunicado publicado en el diario *La Nación* se explicita que uno de los objetivos de las fuerzas represivas fue suprimir la actividad del movimiento obrero en lucha por sus condiciones laborales. El comunicado exponía sin sutilezas, que la mortal intervención de las fuerzas represivas encontraba su justificación en el intento de huelga, y su legitimación en la defensa de la «libertad de trabajo». La violencia con la cual se buscaba desarticular el activismo obrero se multiplicaba y expandía como práctica del terror.

Como señalaron distintos investigadores, en la reconstrucción de la historia y el modo de funcionamiento del terrorismo de Estado que comenzaron a elaborarse desde la



UBICACIÓN: BV. AZUCENA VILLAFLOR Y JUANA MANSO.

TRANSPORTE: COLECTIVOS: 2-4-20-33-56-61-62-64-74-93-105-111-126-130-143-152-159-195;
TRANVÍA: ESTACIÓN BELGRANO.

reapertura democrática, prevalecieron los discursos producidos por quienes contaban con las herramientas simbólicas necesarias. El sector obrero, a pesar de haber sido el más golpeado por la dictadura, no contó con las herramientas necesarias para construir un relato de la propia experiencia. No contó con las posibilidades de difundir sus testimonios e inscribirlos en un reclamo de justicia. Como se señala en el *Nunca Más*

EL HOMENAJE A LOS DESAPARECIDOS DE MERCEDES BENZ ESTÁ FRENTE A LA SEDE CENTRAL DE LA EMPRESA.



(ver «Plaza y Centro Cultural Nunca Más», pág. 186), la mayoría de los desaparecidos fueron obreros.

La historiadora Victoria Basualdo señaló a propósito de las investigaciones sobre el mundo del trabajo durante el terrorismo de Estado: «Esta línea de investigación, que toma como eje la relación entre capital y trabajo en los años 70, poniendo en evidencia la estrecha colaboración entre la cúpula empresaria y las fuerzas represivas, es tan incipiente en la producción historiográfica como urgente y necesaria para comprender la naturaleza de los cambios operados en el período abierto hace casi 30 años» (Basualdo, Victoria, 2005).

Durante la última dictadura militar, 17 obreros de la fábrica Mercedes Benz fueron secuestrados, 14 continúan desaparecidos. La Asociación de ex trabajadores y familiares de desaparecidos de Mercedes Benz quiso colocar una placa en homenaje a los 14 obreros desaparecidos frente a la fábrica ubicada en la localidad de González Catán, pero esto no fue posible. Desde 2005, gracias a una resolución de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, se los recuerda en una placa frente a la oficina central de la empresa sobre el Bulevar Azucena Villaflor (ver pág. 51). También tienen un espacio dedicado a su memoria en el Paseo de los Derechos Humanos (ver pág. 235).

Los secuestros y desapariciones de los trabajadores de Mercedes Benz se suman a las investigaciones sobre la complicidad entre las grandes empresas y la dictadura en casos paradigmáticos como el de la automotriz Ford de la localidad de Pacheco, provincia de Buenos Aires –donde incluso funcionó un Centro Clandestino de Detención–, el de la empresa siderúrgica Acindar en Villa Constitución, provincia de Santa Fe y el de los astilleros Astarsa en la localidad de Tigre, provincia de Buenos Aires (ver «Portuarios desaparecidos», pág. 38).

En los años 70, Mercedes Benz –fundada en Alemania en 1880 e instalada en la Argentina en 1951– se encontraba entre las 20 empresas de mayor facturación del país. Tenía como principal cliente al Ejército Argentino. Cuando Adolf Eichmann, uno de los mayores responsables de la implementación de la «solución final» en el este de Europa, se radicó en la Argentina, ingresó a trabajar en la empresa como electricista. En 1960 fue secuestrado por agentes de inteligencia del Mossad quienes lo trasladaron a Israel donde fue enjuiciado.

La «burocracia sindical»

La complicidad entre el *establishment* económico y el terrorismo de Estado tuvo la colaboración de una parte importante de la dirigencia sindical. El Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) firmó en julio de 1975 un convenio con las empresas automotrices donde acordaron que el uno por ciento de cada vehículo vendido sería destinado a un fondo extraordinario para financiar la «erradicación de elementos negativos». De esa forma el propio sindicato prestaría activa colaboración con la represión.

En octubre de 1975 los trabajadores de la planta realizaron una movilización en rechazo a los representantes designados por el sindicato. Uno de los trabajadores de Mercedes Benz, Hugo Crosatto, cuenta el modo en que combatían a la «burocracia sindical»:

«Lo que pasó en Mercedes Benz se divide entre antes y después de la huelga, en octubre de 1975. Fue una de las últimas luchas grandes que se hicieron en este país. A partir de ahí se forma una comisión de nueve personas para trabajar como representantes, reconocidos por la empresa. Pero no pudo desarrollar su trabajo porque enseguida vino el golpe. (...) En octubre [de 1975], el punto que aceleró el conflicto fue el hecho de que cuando vamos a discutir el convenio



LA PLACA FUE COLOCADA EN 2005.

se hace entre una parte de la patronal, gente de SMATA y representantes del personal. A los cinco que habíamos elegido nosotros los echan, amenazados por SMATA con armas. Esto aceleró la bronca. (...) El 8 de octubre hicimos una asamblea de personal autoconvocado. Dijimos que queríamos que se resolvieran estos puntos y que queríamos elecciones. Acordamos una asamblea para el día siguiente y nombramos la comisión de nueve miembros, con el fin de que el gremio los reconociera. Entre los nueve estaba yo.

(...) Ese día vinieron del sindicato a decirnos que SMATA no iba a reconocer la comisión y que hasta que no levantáramos la medida que habíamos tomado, no se iban a poner a la cabeza de nuestra lucha. Reiteramos que queríamos que nuestra comisión nos representase hasta tanto el gremio hiciera elecciones y los mandamos a que reconsideraran la propuesta; no volvieron más. Nosotros seguimos con la huelga. Se complicó todo cuando el día 15 mandaron 117 telegramas de despido. Ese día fuimos a la fábrica y a unos cuantos no nos dejaron entrar. Hicimos que saliera todo el personal de la planta. (...) Hicimos una asamblea afuera, e inventamos la consigna: "mamadera, mamadera, mamadera, los 4.000 adentro, los 4.000 afuera".

Ahí comienza la lucha desde afuera, la huelga, con las plantas de Mercedes Benz vacías de personal (...). Fuimos al Congreso de la Nación a hablar con los diputados, queríamos dar a conocer nuestros motivos de lucha. Pero todos con los que hablamos se pasaban la pelota (...). SMATA sacó una solicitada en donde nos acusaba de subversivos y de prohijados de la subversión. Decir eso en ese momento era decirle a la Triple A* (Alianza Anticomunista Argentina): "tienen carta blanca, vayan y hagan lo que quieran con estos muchachos" (ver «Coordinación Federal», pág. 17).

Con el fondo de huelga que habíamos conseguido sacamos una solicitada en *Clarín* contra SMATA, respondiéndoles. Después, hicimos una manifestación en el Ministerio de Trabajo, en donde estaba Carlos Ruckauf, no nos atendió (...). Luego hicimos una en la casa central de Mercedes Benz, en la calle Libertador, ya era 30 de octubre, habían pasado 22 días. En ese momento la empresa aceptó todos los reclamos: el pago cuatrimestral, la reubicación de todos los despedidos, reconoció a la nueva comisión interna y no tomó represalias a partir de lo sucedido»^{AO.0510}.



El secuestro de Heinrich Metz

En medio de las negociaciones entre la comisión interna y los directivos de Mercedes Benz, el 24 de octubre de 1975, la organización político-militar Montoneros* secuestró a Heinrich Metz, jefe de producción de la planta. Hugo Crosatto describe cómo se enteraron del secuestro:

«(...) lo hacen descolgado de la lucha, ni la comisión [interna] ni el grupo de activistas tuvo relación directa con el secuestro (...). Al día siguiente de lo ocurrido, vienen a la calle donde estábamos unas personas de Montoneros a avisarnos. Tenemos una discusión, a pesar de que nuestro sentimiento era de apoyo hacia esas organizaciones, ese hecho en particular nos parecía que no correspondía, porque había una lucha en ese momento y nosotros casi la teníamos ganada. Nos dejaban pegados a una situación que no habíamos hecho. Uno de los montoneros nos avisa que cuando lo levantan [secuestran] a este alemán, en su portafolio tenía un listado con nombres de los trabajadores de Mercedes Benz, y nos dice que nos cuidemos (...). Metz fue liberado en noviembre. Estaba secuestrado mientras nosotros negociábamos. Pero para nosotros fue un hecho aislado, nunca estuvimos al tanto de nada (...). Para contrarrestar el odio que generaban tipos así en la sociedad, pusieron de director de la empresa a [Juan Manuel] Fangio, un ídolo popular que nadie iba a criticar, en reemplazo de Metz. Pero en el medio hubo otro, William Mozetti, un ex servicio secreto. Fue el que llevó adelante la negociación con Montoneros por el secuestro de Metz. Era un cuadro importante para la represión (...). Había servido a los bombardeos alemanes de la segunda guerra (...). Mercedes Benz era una cueva de nazis»^{AO}.

Raúl Magario pertenecía a Montoneros y cumplió una condena por el secuestro de Metz. En el documental *Milagros no hay* (dirigido por la investigadora Gabriela Weber, autora también de *Los desaparecidos de Mercedes Benz*) cuenta que el rapto del empresario respondió a una línea de acción fijada por la conducción nacional de la organización. Relata que esta acción se realizó sin ningún tipo de coordinación con la comisión interna de la fábrica. Una vez reincorporados los trabajadores, Montoneros exigió también dinero: según la casa matriz de la empresa en Alemania fueron pagados siete millones de dólares, la gerencia en la Argentina sostuvo que fueron cuatro y Montoneros, dos millones.

Trabajadores desaparecidos

A fines de 1976 y durante 1977 fueron secuestrados 17 trabajadores de la fábrica: Alberto Arenas, Oscar Bauman Álvarez, Héctor Belmonte, Carlos Cienciala, Fernando del Contte, Alberto Gigena, Miguel Grieco, Charles del Carmen Grossi, Jorge Lechner, Juan José Mosquera, Diego Núñez, Esteban Reimer, Víctor Hugo Ventura y José Vizzini continúan desaparecidos. Héctor Aníbal Ratto, Juan Martín y Alfredo Martín –supervisor de la planta detenido en diciembre de 1976– sobrevivieron a su cautiverio.

La complicidad de la empresa en la detención, secuestro y desaparición de los delegados y obreros de la planta ha quedado demostrada en base a distintas pruebas. Muchos de los trabajadores fueron secuestrados en sus casas, otros en su lugar de trabajo. Héctor Ratto, quien dio testimonio en los Juicios por la Verdad*, fue detenido en agosto de 1977 en la planta de González Catán. El gerente de producción de la empresa, Juan Rolando Tasselkraut, se le acercó cuando Ratto volvía de participar en una asamblea para decirle que lo estaban buscando agentes vestidos de civil. Mientras esperaba en la oficina de Tasselkraut, escuchó que el gerente les facilitaba a los secuestradores la dirección de Diego Núñez, quien fue detenido-desaparecido ese mismo día. Ratto estuvo en cautiverio en el Centro Clandestino de Detención que funcionó en Campo de Mayo* y en la comisaría de Ramos Mejía. Fue liberado en marzo de 1979.





Juan Martín fue secuestrado en su lugar de trabajo. Una importante concentración de trabajadores frente al cuartel de La Tablada exigiendo su liberación le salvó la vida. Antes de eso había pasado por la comisaría de San Justo donde fue torturado. A cargo de esa comisaría estaba Rubén Lavallén, luego contratado por Mercedes Benz como jefe de seguridad. La justicia condenó a Lavallén por la apropiación de la niña Paula Logares, secuestrada junto a sus padres en la ciudad de Montevideo, Uruguay (ver «Hospital Militar Central», pág. 77).

El director de asuntos jurídicos de la empresa, Pablo Cueva, reconoció en los Juicios por la Verdad haberle entregado a las fuerzas represivas un listado con los nombres y las direcciones de los miembros de la Comisión Interna.

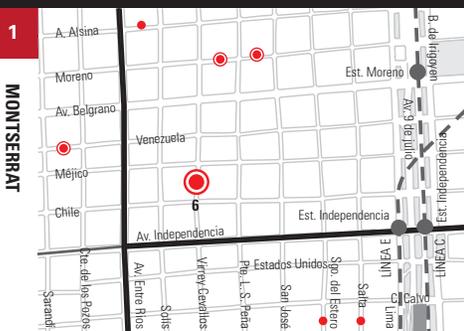
María Luján Reimer, esposa de Esteban Reimer, había organizado junto a otras mujeres ollas populares en la puerta de la empresa durante la huelga de 1975. El 4 de enero de 1977, su marido fue citado, junto a Hugo Ventura, a una reunión en la central de la empresa. María Luján recuerda que habían ido con una lista de reivindicaciones y que en la noche, cuando su marido regresó de la reunión, le manifestó su sorpresa porque los ejecutivos de Mercedes Benz habían aceptado todas y cada una de las demandas. A la una de la madrugada, nueve hombres armados ingresaron a la vivienda y se llevaron a Esteban Reimer. Esa misma noche también fue secuestrado Hugo Ventura. Los militares primero fueron a buscarlo a la casa vecina, porque era la dirección que había dado Ventura en la empresa.

El advenimiento del terrorismo de Estado fue el contexto propicio que permitió a la empresa eliminar a la Comisión Interna de la planta. Esta comisión no respondía a la burocracia sindical encabezada por José Rodríguez, Secretario General de SMATA desde 1973 hasta el presente. El gerente de producción, Juan Rolando Tasselkraut, reconoció en el Juicio por la Verdad que, después de las desapariciones, la empresa se vio beneficiada por un aumento en la producción.

La complicidad de Mercedes Benz con la dictadura no se restringe a la entrega de nombres y direcciones, también amparó el robo de bebés. En primer lugar –como ya señalamos– contrató en 1978 como jefe de seguridad a Rubén Lavallén, quien se apropió de Paula Logares, la hija de Mónica Grispon y Claudio Logares. Además, la empresa donó equipamiento neonatológico de avanzada tecnología a la maternidad clandestina que funcionó en el Hospital Militar de Campo de Mayo (ver «Hospital Militar Central», pág 77). Si bien estos elementos, como también la documentación reunida, permiten establecer la existencia de una relación persistente y coordinada entre la empresa y las fuerzas represivas, de todos modos aún resta avanzar en la investigación de otras probables conexiones entre los directivos de Mercedes Benz y la práctica sistemática de robo de niños ejecutada por la dictadura.



6. Virrey Cevallos



UBICACIÓN: VIRREY CEVALLOS 630

TRANSPORTE: COLECTIVOS: 2-6-12-98-111-129-130-143-152-159-195; SUBTE: ESTACIÓN INDEPENDENCIA (LÍNEA E Y C)

Miriam Lewin fue secuestrada por el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea al salir de la fábrica donde trabajaba en Lomas del Mirador. Tenía 19 años. Estuvo detenida-desaparecida en el Centro Clandestino de Detención (CCD) de la Fuerza Aérea que funcionó en la casa ubicada en la calle Virrey Cevallos al 628, en el barrio de Montserrat.

A principios de los años 70, cuando todavía cursaba el colegio secundario,



PLACA COLOCADA EN EL FRENTE DEL EX CENTRO.

Lewin se vinculó a un movimiento anarquista. Más adelante, se incorporó a la Juventud Universitaria Peronista (JUP*) y a Montoneros*. Tras su secuestro, fue llevada en primer término a la comisaría 44 (ver «Las comisarías como lugares de detención ilegal», pág. 249):

«Después de la primera vez que me torturan no se por qué me pasan a otra habitación donde estaba atada a una parrilla, esos elásticos de cama metálicos que parecen un enrejado (...). Nunca supe quién me había torturado. Pasé bastante tiempo en este lugar. En un momento (...) me llevaron a Virrey Cevallos 628. Me subieron a una habitación que estaba como en un piso bandeja, en un patio con paredes muy altas. En ese piso había dos celdas, me encerraron en una. La celda estaba toda revestida con *hardboard*, que es un material con pequeños agujeritos, de color marrón»^{AO.0065}.

La casa de Virrey Cevallos tenía dos plantas. Ingresaban a las personas secuestradas por un garage, y a la izquierda estaba la sala de torturas, luego un patio con una escalera que comunicaba a un entrepiso, donde estaban las celdas. Según los sobrevivientes, en este sitio también operaron agentes de la Policía Federal y el Ejército. Lewin estuvo diez meses y medio aislada.

No se sabe fehacientemente cuántos secuestrados pasaron por Virrey Cevallos. Se conocen sólo dos testimonios, el de Miriam Lewin y el de Osvaldo López, quien fue secuestrado en su casa en San Miguel, provincia de Buenos Aires. Tiempo después logró escapar (ver «Automotores Orletti», pág. 220 y «Casa de la calle Franklin», pág. 226).

Lewin cuenta cómo era la vida dentro del Centro: «Una vez me llevaron a escondidas de los jefes a la cocina, que quedaba en el primer piso, para que lavara los platos (...). Entre



EX CCD VIRREY CEVALLOS, RECUPERADO EN 2004.

los platos había algunos con el escudo de la Fuerza Aérea. Durante el tiempo que estuve ahí pasaron muy pocos secuestrados. Al patio daba una pieza donde ellos torturaban a la gente. Cada dos por tres traían personas para torturar, pero no los dejaban ahí. Después se los llevaban, supongo que a Mansión Seré*. Escuchaba los gritos de la tortura, sospecho que no sólo yo, sino todos los vecinos de alrededor. Cuando me bajaban al baño yo veía arriba las ventanitas del edificio de al lado, no se preocupaban mucho por tapar los ruidos. Ponían radio Rivadavia, pero había momentos en que se escuchaban los gritos con mucha claridad. (...) Cuando me sacan de allí, me llevan a la ESMA [Escuela Superior de Mecánica de la Armada]»⁴⁰.

Lewin fue trasladada a la Escuela de Mecánica de la Armada (ver pág. 153) de donde salió a principios de 1979 bajo «un régimen de libertad vigilada», condición en la que trabajó como empleada pública en el Ministerio de Bienestar Social. Con el tiempo logró obtener el pasaporte y se exilió. Luego regresó, declaró en el Juicio a las Juntas Militares* y en 1988 pudo identificar el Centro Clandestino de la calle Virrey Cevallos. En 2001, Lewin y otras sobrevivientes publicaron el libro *Ese infierno*. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA donde ella también relata su cautiverio en Virrey Cevallos.

La agrupación Vecinos de San Cristóbal contra la Impunidad se propuso recuperar este sitio y, en el año 2004, la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires aprobó la Ley de expropiación del inmueble y lo declaró de utilidad pública.

7. Portuarios desaparecidos



UBICACIÓN: BV. AZUCENA VILLAFLOR Y JUANA MANSO

TRANSPORTE: COLECTIVOS: 2-4-20-22-33-56-61-62-64-74-93-105-111-126-129-130-143-152-159-195; TRANVÍA: EST. BELGRANO.

En la plazoleta ubicada en el bulevar Azucena Villaflor (ver «Plaza de Mayo» pág. 3) y Juana Manso fue colocada, el 30 de abril de 2004, una placa en homenaje a los trabajadores detenidos-desaparecidos del puerto de Buenos Aires.

Al año siguiente, se instaló un monumento a los portuarios desaparecidos del sindicato del Puerto de la ciudad de Buenos Aires, en el lugar donde había funcionado el comedor de los trabajadores. La escultura que los recuerda fue realizada por el artista Omar Gasparini con hierros viejos, pedazos de barcos y grúas. Ese día se instaló, además, una placa en homenaje a Eduardo De Pedro, José Manuel Moreno, Francisco Pana, Rubén Correa y Osvaldo Camarotti trabajadores de la Administración General de Puertos (AGP) secuestrados entre 1977 y 1978 en virtud de sus actividades gremiales.

«Gremialistas»

Odila Casella fue secuestrada junto a su marido Eduardo De Pedro, el 29 de junio de 1977, a las tres de la mañana. En su testimonio, relata: «Era una cosa que ya veníamos presintiendo, porque nos venían persiguiendo hacía una semana (...). Desde el momento que nos sacan de casa, no supe más nada de él»^{AO. 0288}. Odila fue liberada tiempo después.

«En 1974 Eduardo ya trabajaba en el puerto —continúa Odila— y ahí se había generado un nuevo movimiento gremial que se oponía al que ya estaba. Él era uno de los delegados de los sectores, y justamente desaparecen los delegados de todos los sectores que formaban esta agrupación nueva que se estaba gestando en el puerto (...). Al que desaparece primero, lo habían echado un año antes, y es quien iba a ser el secretario general de ese gremio, y era el delegado de uno de los sectores. Él desaparece en febrero de 77 (...). Cuando intervienen el puerto, un compañero



ACTO DE INAUGURACIÓN DE LA ESCULTURA, 17/11/2005.



PLACA COLOCADA JUNTO AL MONUMENTO.



estuvo viviendo un año en casa y ahora está desaparecido (...) A otro de los muchachos lo sacaron directamente del lugar de trabajo, del Puerto Nuevo»⁴⁰.

El informe *Nunca Más* indicó que el 30,2 por ciento de los detenidos-desaparecidos denunciados ante la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas* (CONADEP) son obreros y el 17,9 por ciento empleados. Estas cifras son el resultado de la aplicación del decreto secreto «Continuación de la Ofensiva contra la Subversión». El decreto en su apartado «Misión» ordena que «el Ejército accionará selectivamente sobre los establecimientos industriales y empresas del Estado (...) para promover y neutralizar las situaciones conflictivas de origen laboral provocadas o que puedan ser explotadas por la subversión, a fin de impedir la agitación y acción insurreccional de masas y contribuir al eficiente funcionamiento del aparato productivo del país» (CONADEP, 1984).

La desaparición de los delegados del gremio de portuarios en Buenos Aires fue consecuencia de dicho plan, que se repitió sistemáticamente en otros gremios como en el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) en la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA) (ver «Docentes desaparecidos», pág. 204), en Luz y Fuerza, en la planta de la empresa Ford en General Pacheco (ver «Mercedes Benz», pág. 31), en Astilleros Mestrina en zona norte de la provincia de Buenos Aires, y en los Astilleros Astarsa en San Fernando. Las prácticas represivas que tenían por destinatarios a los sectores combativos del movimiento obrero fueron prioritarias para la política de la dictadura, de modo que los secuestros de los activistas obreros –seleccionados en función de sus tareas sindicales– se realizaron entre 1976 y 1978. Todos ellos, delegados en su centro de trabajo, continúan desaparecidos.

Durante el tiempo que estuvo detenido vio ingresar presos que venían muy maltratados de otros centros clandestinos. Los presos políticos y comunes estaban juntos en el «gallinero», una celda grande llamada así por la situación de hacinamiento. Fue durante su cautiverio que se enteró de la existencia de los Centros Clandestinos de Detención.

Tres meses después de asumir la jefatura policial, Cardozo murió a causa de una bomba colocada debajo de su cama por la organización Montoneros. Fue reemplazado por el general y abogado Arturo Amador Corbetta, quien asumía públicamente su posición «legalista» en relación a la implementación de la represión.

Corbetta duraría sólo diez días en su puesto. El 2 de julio de 1976 estalló otra bomba, esta vez en la Superintendencia de Seguridad Federal, matando a 27 policías. Desde las filas policiales se exigía una sangrienta represalia. Dos comisarios se presentaron en el despacho del jefe policial con una lista de 18 presos políticos que debían ser fusilados. Corbetta separó de sus cargos a los dos hombres y presentó su renuncia.

A pesar de existir un «pacto de sangre» entre los miembros de las fuerzas de seguridad hubo lugar también para el rechazo a la represión ilegal. Según el informe *Nunca Más* de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas* (CONADEP) (ver «Plaza y Centro Cultural Nunca Más», pág. 186): «Todo signo de discrepancia dentro de las Fuerzas Armadas y de Seguridad con los métodos utilizados para la detención y eliminación de personas fue sancionado de modo brutal. Brindar alguna información a los familiares de detenidos-desaparecidos sobre su localización, estado físico o destino era equivalente a la muerte. Estaban prohibidos, incluso, los comentarios entre las propias filas sobre los operativos realizados, sancionándose con el mayor rigor cualquier signo de humanidad que pudiera tenerse con el prisionero» (CONADEP, 1984).

Ariel Blaustein estuvo detenido en Coordinación Federal antes de ser trasladado al Departamento de Policía. Recuerda que mientras estuvo ahí escuchó el estallido de la bomba en Coordinación Federal. En el nuevo lugar encontró un trato más humano: «Paso a ser un tipo normal. Con una cantidad de presos, estábamos en un pabellón grande, te podías mover, caminar, no estabas vendado, ni con las manos atadas y hablábamos entre nosotros, discutíamos. Hasta hicimos una guitarra cuando estaban velando a Cardozo en el patio central del Departamento de Policía, una locura... nosotros no sabíamos que lo estaban velando hasta que nos mandaron a callar. Tenías vida social, era otra historia. Entraban y salían presos, venían de Chaco, de Sierra Chica, iban para Devoto (ver pág. 199), muchísimos se iban con la "opción", pasaban uruguayos, pasaban chilenos, gente que se iba a Perú, gente que se iba a México con la opción [de salir del país]. Hablábamos de política todo el tiempo porque los guardiacárceles no eran de los habituales, sino que eran canas más *light*, tipos menos profesionalizados»^{AO}.

Blaustein recuerda que durante los tres meses que estuvo detenido llegaban personas muy heridas desde distintos CCD. Había muchos cuadros políticos del norte del país. Compartió cautiverio con Carlos Slepoy, quien luego sería abogado de la Asociación Argentina Pro Derechos Humanos (AAPDH) de Madrid. En el marco del Juicio por la Verdad*, Slepoy contó a la Cámara Federal que fue detenido por razones políticas antes del golpe de Estado. En un interrogatorio al que fue sometido en la Escuela de Mecánica de la Armada le anticiparon «que si era subversivo iba a aparecer en el río», afirmó. Después de estar preso en Coordinación Federal, fue trasladado al Departamento Central de Policía: «Estábamos como en una gran cuadra, donde todo el tiempo tiraban personas vendadas. Muchas tenían su nariz ensangrentada producto de la venda apretada que no los dejaba ver», señaló. También contó que su ex esposa, Andrea Benítez,

fue secuestrada cuando dejaba el edificio luego de visitarlo (Informe de Prensa de la APDH La Plata-Juicio por la Verdad, 23/5/2001).

Rodolfo Daer era delegado del gremio de la construcción. Fue detenido por personas de civil armadas con Itakas el 19 de junio de 1976 junto con su novia. «Me meten en un Falcon verde, color botella», cuenta Daer^{AO.0427}. Cuando termina el viaje «me llevan a una sala grande. Había un montón de gente tirada, había un hombre acostado, con las manos atrás. A un hombre le faltaba una pierna. Había agua en el piso, me tiraron una manta y después de ahí me sacan y me ponen en una celda, y comienzo a escuchar los gritos de Elsa». Estaban torturando a su novia. Un policía le decía: «Hablá porque está cantando todo». Luego lo llevaron a otro cuarto, donde lo sentaron y con el lápiz labial que habían sustraído de la cartera de Elsa, le pintaron los labios y los ojos. «Se cagaban de la risa de mí», dice Daer.

Luego se lo llevaron a la sala donde torturaban. Le preguntaban nombres, teléfonos, direcciones. Estuvo 30 o 40 horas en cautiverio antes de ser liberado: «Cuando me van a poner en el baúl del Falcon, a través de la venda, veo la entrada al Departamento de Policía de Buenos Aires». De esta manera, el actual titular del gremio de la alimentación y ex titular de la Central General de Trabajadores (CGT) en 1996 reconoció dónde había estado detenido. Cuando lo sacaron del auto sintió el ruido de armas cargándose y pensó que lo iban a fusilar. Fue un simulacro, lo habían liberado.

9. Colegio Nacional de Buenos Aires

Como todos los días, el 23 de agosto de 1974 Eduardo Blaustein fue al colegio. Tenía 16 años y cursaba cuarto año en el Nacional de Buenos Aires. Ese día, en el claustro central, vio un muerto por primera vez. Se trataba de un compañero. «Me acuerdo de mi miedo de confrontar con un cadáver. Yo nunca había ido a un entierro y siempre fui muy cagón con la muerte y con las películas de terror»^{AO.0242}. El día anterior, cuando se cumplían dos años de la Masacre de Trelew*, la Triple A* (Alianza Anticomunista Argentina) había asesinado a Eduardo Bekerman, dirigente de la Unión de Estudiantes Secundarios* (UES) y alumno de la institución. El rector Raúl Aragón, que había asumido el cargo tras el triunfo electoral de Héctor Cámpora, suspendió las clases y cedió el colegio para velarlo.

Eduardo Bekerman es una de las 106 víctimas del terrorismo de Estado identificadas que cursaron en el Nacional de Buenos Aires, según los registros de su Centro de Estudiantes. Este tradicional establecimiento, fundado en 1863 por decreto del presidente Bartolomé Mitre, tiene la particularidad de depender, desde 1911, de la Universidad de Buenos Aires (UBA). El objetivo de la anexión era preparar a los aspirantes para cursar carreras universitarias. Esto le permitió un mayor nivel de autonomía en la definición de los programas y al mismo tiempo lo configuró como un colegio de excepción. Muchas personas que se destacaron en la vida política nacional pasaron por sus aulas y este hecho alimentó el mito del colegio como «lugar donde se formaban las clases dirigentes». El clima puertas adentro siempre acompañó la situación política nacional, lo que se tradujo en condiciones de férrea disciplina en algunos momentos y en otros de mayor libertad y politización.

En el marco de los movimientos revolucionarios en la política, el arte y la cultura de las décadas de 1960 y 1970, muchos jóvenes en la



UBICACIÓN: BOLÍVAR 263

TRANSPORTE: COLECTIVOS: 2-4-20-22-24-33-56-61-62-64-74-93-105-111-126-130-143-152-159-195; SUBTE: ESTACIÓN PZA. DE MAYO (LÍNEA A), BOLÍVAR (LÍNEA E) Y CATEDRAL (LÍNEA D).



PLACA INAUGURADA EN 1997 CON LOS NOMBRES DE 98 VÍCTIMAS DE LA REPRESIÓN ILEGAL.

1

MONTSERRAT

Argentina se incorporaron a las actividades de los gremios o centros de estudiantes. Se fue conformando una «cultura de la militancia» que se caracterizó por ciertos tópicos o figuras claves.

Uno de ellos fue el ideal de compromiso: «Comprometerse con la realidad», lo cual significaba básicamente «hacer algo» para combatir, en definitiva, la injusticia del mundo, y su traducción más inmediata era tener algún tipo de participación o actividad social, gremial o política. Dentro de los grupos de militantes se hablaba de «el compromiso con los pobres», «el compromiso con los compañeros», «el compromiso con la causa (la revolución)».

Paula Mahler, egresada del Buenos Aires en la promoción 1972, recuerda: «La militancia era un compromiso muy vinculado a lo social, a lo familiar. Era como un grupo de pertenencia. En esa época, chicos que no venían de la misma procedencia que yo pero que iban a un colegio tan politizado como el Nacional de Buenos Aires, ingresaban a la militancia por razones sociales»^{AO.0460}.

Eduardo Blaustein, por su parte, contextualiza sus años de secundaria: «Para cualquiera era inevitable empaparse de lo que pasaba (...). Si además uno tenía una formación previa, te arrastraban los vientos y todo lo que se repite: Vietnam, los Beatles, el rock and roll, el mayo francés (...). Entre el 73 y el 74 hay una explosión de militantes. De ahí viene la cuenta de los 400 militantes sobre el total del colegio. Lo que hoy llamamos la mayoría silenciosa –en términos de conservadurismo, de «guardarse»– era minoría»^{AO}.

La primavera del Buenos Aires

«...cuando hubo que designar un nuevo rector para el colegio vinieron y nos consultaron a nosotros, y después en el acto de la toma de posesión los que marcamos el ritmo fuimos nosotros, con bombo y todo (...). Y todo eso era un acto oficial, la asunción del nuevo rector y nosotros éramos los dueños, los dueños...», escribió Martín Caparrós en su novela *No velas a tus muertos* (1986), haciendo referencia a la llegada de Raúl Aragón como rector del Nacional Buenos Aires, colegio del cual egresó en 1973.

El período de Aragón al frente del colegio duró poco más de un año. A pesar de ser breve, su gestión se recuerda como una de las más democráticas. Como nunca antes quizás, los alumnos se sintieron escuchados y, más que eso, parte de la conducción del colegio. En este período se crearon las Mesas de Trabajo para la Reconstrucción Nacional: un espacio de discusión para debatir acerca del sistema de gobierno del colegio, el mecanismo de ingreso, el régimen disciplinario, las formas de evaluación y hasta los programas de estudio. Participaron de ellas más de 300 alumnos, 50 docentes y 30 no-docentes. De allí surgieron numerosas propuestas de modificaciones, y muchas fueron llevadas a cabo: el examen de ingreso fue reemplazado por el sorteo como método «antielitista»; los tradicionales uniformes fueron eliminados, y las garitas, que habían sido colocadas estratégicamente para vigilar los claustros, fueron reasignadas a las agrupaciones políticas que existían en el colegio. El silencio y la solemnidad que imponía la institución cedieron espacio al murmullo y a la participación estudiantil.

El rector Aragón defendía la participación política de los estudiantes, en la medida en que ésta no afectara su rendimiento académico. El movimiento estudiantil del Buenos Aires también avalaba su gestión. Sin embargo, a medida que el gobierno nacional tomaba distancia de la tendencia de izquierda que lo había respaldado para llegar al cargo, su situación al mando del establecimiento se volvía más comprometida. Tras el fallecimiento de Juan Domingo Perón, en julio de 1974, los estudiantes decidieron en asamblea ocupar pacíficamente el colegio para defender al rector y frenar el avance de la derecha. La toma se prolongó



PLACA DE BRONCE COLOCADA EN 1985.



MONOLITO EN RECUERDO DE LA NOCHE DE LOS LÁPICES.

por más de un mes, durante el cual los alumnos garantizaron la continuidad de las clases, organizaron actividades a contraturno y por las noches se alternaron para dormir en el colegio y «custodiarlo». Sin embargo, en septiembre de ese año, el gobierno de Isabel Martínez de Perón intervino la UBA y Aragón fue dejado cesante. Con la llegada de una nueva primavera, se acababa la otra, la del colegio.

El colegio durante el terrorismo de Estado

«Están prohibidas las asambleas de cualquier tipo», rezaba el mensaje escrito en el pizarrón frente a las puertas de ingreso del Buenos Aires que vieron los estudiantes al reanudarse las clases en octubre de 1974. Desde la remoción de Aragón, un mes atrás, el colegio había estado cerrado y ése era el primer contacto que tenían con el nuevo rector, Mario Garda. Tanto éste como su sucesor, Antonio Muñoz, terminaron renunciando tras chocar continuamente con los estudiantes, quienes se habían organizado para resistir pese a la proscripción política, contando, para eso, con el apoyo de muchos padres que reclamaban contra las arbitrariedades sufridas por sus hijos.

El 5 de septiembre de 1975 asumió como rector Eduardo Aníbal Rómulo Maniglia. Poco tiempo después se evocaba su tarea en un documento interno: «En resumen, el Colegio Nacional de Buenos Aires representaba un detonante reflejo del caos existente en el país, cuyo objeto era la toma del poder por parte del marxismo apátrida. Al hacerse cargo el actual rector, Rómulo Maniglia, comenzó un proceso de recuperación paulatina, rápida supresión de disturbios dentro del colegio, eliminando los promotores, alumnos, empleados, preceptores, o directivos» (Garaño y Pertot, 2003).

Desde la salida de Aragón, los cambios en el colegio fueron ostensibles. Se reemplazó al cuerpo de preceptores, y los que ingresaron tenían asignadas tareas de inteligencia. Varios profesores y auxiliares docentes fueron dejados cesantes. Volvieron los uniformes y la estricta disciplina. Se establecieron normas de aseo y presentación y se determinaron zonas de circulación permitida. Proliferaron las sanciones y expulsiones.

La elevada deserción fue el correlato del nuevo clima que se vivía en el colegio. Entre 1975 y 1980 quedaron libres 935 estudiantes, algunos a causa de los exámenes y la mayoría por acumulación de faltas, sanciones o expulsión. Sólo durante los dos primeros años que siguieron a la salida de Aragón, 531 estudiantes perdieron la regularidad.

El oscuro panorama del Nacional de Buenos Aires representa una muestra concentrada de lo que fue la represión al movimiento estudiantil. Según estadísticas oficiales elaboradas por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas* (CONADEP), el 21 por ciento de los desaparecidos eran estudiantes, y el 10,61 por ciento tenían entre 16 y 20 años.

Pupitres vacíos

«Cuando la secuestran a Mirta, la ausencia fue muy patente, porque era un aula con todos los asientos ocupados y había uno vacío: faltaba Mirta. Había una chica muy amiga de ella, que estuvo todo el día llorando» (Garaño y Pertot, 2003). El testimonio corresponde a un compañero de división de Mirta Lovazzano, alumna de sexto año del Colegio Nacional de Buenos Aires y militante de la UES. El mismo forma parte del libro *La otra juvenilia: militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires (1971-1986)*, escrito por Santiago Garaño y Werner Pertot, dos egresados «cansados de escuchar la interminable repetición de las listas de ex alumnos próceres» y preocupados por el desinterés institucional en evocar los nombres de sus desaparecidos.

Con el retorno a la democracia, la lucha de los familiares y amigos de las víctimas del terrorismo de Estado se concentró en la búsqueda de verdad acerca de lo que había pasado con los desaparecidos y de condena a los responsables. Con el tiempo, la necesidad de preservar la memoria de lo acontecido se hizo presente en los homenajes y recordatorios. En el caso del Colegio Nacional de Buenos Aires, el esfuerzo de los parientes y ex compañeros contó con el apoyo del Centro de Estudiantes, que promovió investigaciones acerca de lo ocurrido en aquellos años desde su Comisión de Derechos Humanos. En 1985, como iniciativa conjunta de estos grupos, se colocó la primera placa en el claustro central del colegio en homenaje a los desaparecidos. Recién 11 años después llegaría el reconocimiento oficial por parte de la institución.

En 1996, el rector interino Enrique Groisman cedió el aula magna para la realización del acto «Puente para la memoria», organizado por las Madres de Plaza de Mayo, la Fundación Memoria Histórica y Social Argentina, el Centro de Estudiantes y un grupo de ex alumnos. Allí se confeccionó la primera lista de desaparecidos. En noviembre de 1997, finalmente se colocó una placa de bronce con el nombre de las 98 víctimas del terrorismo de Estado conocidas hasta el momento, obra del artista Pablo García Reinoso. A su lado, se agregó una placa más pequeña que dice: «Dadas las características de la represión ilegal, esta lista puede estar incompleta. Cualquier información será recibida por el Centro de Estudiantes del colegio». Son los estudiantes y, en su gesto, toda la sociedad civil los que asumen la responsabilidad de preservar la memoria.

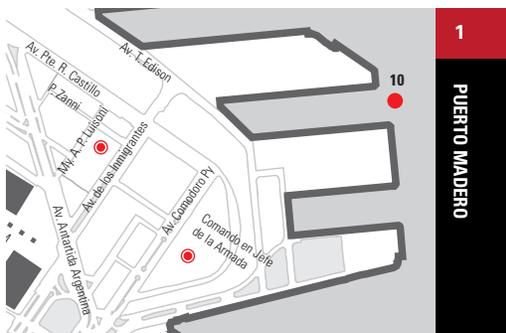
10. Buques-prisión: Bahía Aguirre y 33 Orientales

Durante la última dictadura militar, distintos buques fueron utilizados como prisiones y como Centros Clandestinos de Detención (CCD). Hay testimonios acerca de estas prácticas en el Barco Muratore, el Barco Ciudad de la Plata, en el Bahía Aguirre y en el 33 Orientales. Los últimos dos estaban ubicados en el puerto de Buenos Aires. Por las características especiales de estos CCD, es escasa la información que se dispone.

Bahía Aguirre

El buque mercante construido en un astillero canadiense fue incorporado al Servicio de Transportes Navales de la Armada Argentina en 1950. En 1981 fue sacado de servicio y, seis años más tarde, desguazado por la empresa Acindar.

El 30 de marzo de 1976, tres personas vestidas de civil detuvieron a un trabajador de la Comisión Nacional de Energía Atómica identificándose como personal de Coordinación Federal (ver pág. 17). La excusa, según consta en esta declaración dada ante la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas* (CONADEP) (ver «Plaza y Centro Cultural Nunca Más», pág. 186), era «averiguación de antecedentes». Al declarante lo trasladaron primero a la comisaría 35 (ver «Las comisarías como lugares de detención ilegal» pág. 249), lo golpearon y luego lo subieron a un camión de la armada donde había siete personas más. Viajaron por la Avenida del Libertador unos 20 minutos, llegaron al puerto y los subieron al Bahía Aguirre. Les pusieron cintas en los ojos, capuchas y los ataron de las muñecas a unas chuchetas. Los detenidos fueron torturados. Quien declaró ante la CONADEP fue posteriormente conducido a la cárcel de Devoto (ver pág. 199) en un móvil de la Policía Federal y luego a la unidad penal N° 9 de La Plata. En su declaración consta que en el Bahía Aguirre también había mujeres detenidas,



desnudas y ensangrentadas. Fue liberado el 8 de octubre de 1976.

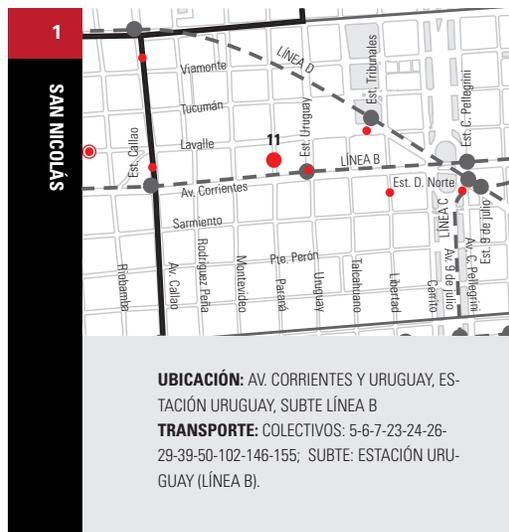
33 Orientales

El buque mercante fue construido en Cádiz, España, especialmente para navegar en el Río de la Plata. Con instalaciones de lujo, un amplio bar, piscina, camarotes en suite, salón comedor de primera clase y clase turista realizaba viajes de Buenos Aires a Montevideo e incluso podía llegar a Río de Janeiro.

Entre 1976 y 1977 fue desafectado del servicio de pasajeros para volverse un buque-prisión. Allí estuvieron presos distintos dirigentes sindicales y líderes políticos. Una persona que declaró ante la CONADEP sostuvo haber estado detenido-desaparecido en este buque. Había concurrido allí para averiguar sobre la desaparición de su hijo. En el momento lo detuvieron, lo mantuvieron en cautiverio durante 45 días en el barco y luego lo trasladaron a la comisaría 18. Allí permaneció un mes detenido ilegalmente para luego ser trasladado al penal de Devoto. Más tarde, lo llevaron a la unidad 9 de La Plata y nuevamente a Devoto, hasta que le dan la excarcelación y parte al exilio.

En 1978, el buque 33 Orientales volvió a funcionar como servicio de pasajeros. Realizó cruceros a Brasil hasta que fue amarrado y subastado en 1979. Luego de pasar por distintos propietarios, en junio de 2006 fue vendido para chatarra en la India.

11. Héctor Germán Oesterheld



Héctor Germán Oesterheld escribió en 1957 el guión de una de las historietas más leídas en la Argentina. En ella cuenta la historia de una invasión alienígena en Buenos Aires desde el punto de vista del personaje de Juan Salvo, un hombre de clase media que dirige una pequeña empresa de transformadores. El personaje es sorprendido por una nevada mortal de copos radioactivos mientras jugaba, en su casa, una partida de truco con sus amigos. Después de sellar su hogar para que la radioactividad no los alcance, el protagonista, su familia y los amigos que lo acompañan inician una aventura en la que se encontrarán con otros grupos de sobrevivientes intentando resistir la invasión de los «Ellos». En determinado momento Juan Salvo se pierde en una dimensión temporal y un anciano con el que se encuentra lo nombra «El Eternauta», por su condición de eterno viajero del tiempo.

Una escena de la historieta *El Eternauta* fue reproducida en 1991 en la estación Uruguay de la línea B del subterráneo. Se trata de un mural cerámico de cinco metros por uno y medio, ubicado en el andén donde puede verse una de las viñetas de la versión dibujada por Alberto Breccia junto a otras imágenes de la primera edición, realizada por Solano López.

Oesterheld fundó la editorial Frontera. Introdujo personajes como el piloto de pruebas Bull Rocket, y dos historietas dibujadas por Hugo Pratt: *El Sargento Kirk* y *Ernie Pike*, un corresponsal durante la Segunda Guerra Mundial. También, con dibujos de



Solano López, comenzó a publicar por entregas *El Eternauta* en la revista *Hora Cero*.

Licenciado en Geología, había nacido en Buenos Aires el 23 de julio de 1919. El recorrido de su obra puede compararse con el trazado por la literatura de Rodolfo Walsh (ver «Esquina de San Juan y Entre Ríos», pág. 96). Al igual que Oesterheld, el autor de *Operación Masacre* (1957) inicia su carrera de escritor trabajando con lo que la crítica ha denominado los «géneros menores». Walsh escribía cuentos policiales y Oesterheld historietas. En los años 60, marcados por la radicalización política que signó la experiencia de los intelectuales de su generación, aproximaron sus obras con su compromiso político. Tanto *Operación Masacre* como *El Eternauta* fueron historias reescritas una y otra vez al calor de los acontecimientos políticos.

La historia de la invasión alienígena, primero publicada en 1957, apareció nuevamente en 1969 dibujada por Breccia. Los cambios operados en esta segunda versión están influenciados por los acontecimientos internacionales, exponiendo su mirada sobre el rol del imperialismo. La politización de Oesterheld fue incitada por acontecimientos como la muerte del Che Guevara en Bolivia y la pueblada obrero-estudiantil que pasó a la historia como el Cordobazo*, en 1969. La nueva versión modifica el guión, introduciendo por vez primera la causa de la invasión asociada al imperialismo. Cuando Juan Salvo pone la radio para escuchar qué es lo que sucede en el mundo a propósito de la ocupación alienígena, se pone en evidencia la traición de las grandes potencias. Uno de sus amigos con quien minutos antes se encontraba jugando al truco reflexiona: «Somos como los Incas o los Aztecas peleando contra los Europeos... El enemigo viene de otro sistema solar, han convencido, vaya a saber cómo, a los Estados Unidos, a Rusia y a las demás grandes potencias, de que la tierra debe ser compartida con ellos, con los invasores. Los grandes países, para no ser atacados, les entregaron Sudamérica».

Poco tiempo después, la opción por la lucha armada de ambos escritores, que trabajaron en la estructura de prensa de Montoneros*, puede ser leída en la modificación que le imprimieron a sus respectivas obras. Walsh filmaría junto a Jorge Cedrón y Julio Troxler (ver «Calle Julio Troxler», pág. 240) *Operación Masacre*, dándole un lugar privilegiado a la palabra de los protagonistas y argumentando en favor de la violencia armada. Oesterheld escribe una nueva historia de la invasión alienígena –*La guerra de los Antartes*– en continuidad con *El Eternauta*. En el relato, los invasores nuevamente pactan la entrega de tecnología a las grandes potencias terrestres a cambio de ocupar el territorio sudamericano.

En 1968, la editorial Jorge Álvarez convocó a Oesterheld para realizar en formato de historieta distintas biografías históricas de América Latina. Escribió una sobre el Che Guevara y se proyectaba otra sobre Eva Perón, pero antes de salir a los quioscos el gobierno militar la prohibió y secuestró los originales.

Hacia 1969, él y sus cuatro hijas participaron políticamente en el movimiento peronista. Luego se unieron a Montoneros. En 1970 comenzó a publicar *La guerra de los Antartes* en la revista *2001*, pero debió interrumpirla. Más adelante, en febrero de 1974 se publicó en el diario *Noticias*, y nuevamente quedó inconclusa por la clausura del diario ese mismo año. También escribió *América Latina, 450 años de guerra* para *El Descamisado*, la revista de la Juventud Peronista* (JP) (*El Descamisado*, n° 10, 24/7/1973). En 1976 Oesterheld pasó a la clandestinidad* y escribió una segunda parte de *El Eternauta*, también dibujada por Solano López.

En 1976 secuestraron a sus hijas Beatriz y Diana, y en 1977 a Estela y Marina. Las cuatro continúan desaparecidas. Diana desapareció junto a su pareja, Raúl



EL ETERNAUTA.



JUAN SALVO EN LA VERSIÓN DE ALBERTO BRECCIA.

Araldi. Fernando, el hijo de ambos, fue secuestrado junto a ellos y luego recuperado por su familia. Diana estaba embarazada de ocho meses y se presume que dio a luz en Campo de Mayo*. Estela fue secuestrada junto a su pareja, Raúl Motola, quien continúa desaparecido. El hijo de ambos, Martín de tres años, fue recuperado y criado por su abuela materna. Marina también estaba embarazada cuando fue secuestrada. Fernando, Martín y su esposa Elsa continúan buscando a los otros dos nietos de Héctor Oesterheld.

El 27 de abril de 1977 Héctor fue secuestrado en la ciudad de La Plata. Según testimonios de sobrevivientes, estuvo detenido en Campo de Mayo, en El Vesubio* y en el Centro Clandestino de Detención conocido como Sheraton*. La historieta *El Eternauta* es considerada hoy como una visión adelantada de la propia historia de Oesterheld.

En 1997 una plazoleta en Puerto Madero fue bautizada con el nombre de Héctor Oesterheld luego de que la iniciativa fuera aprobada por unanimidad por el Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires. La placa colocada allí y que luego fue robada contenía una frase del prólogo de *El Eternauta*: «El único héroe válido es el héroe en grupo, nunca el héroe individual, el héroe solo». Otra placa, artesanal, fue colocada por un grupo autoconvocado para reponer la anterior. Ésta también fue sustraída y hoy, en la plazoleta ubicada en la Avenida de los Italianos y Azucena Villaflor, no hay señalización que indique su nombre.